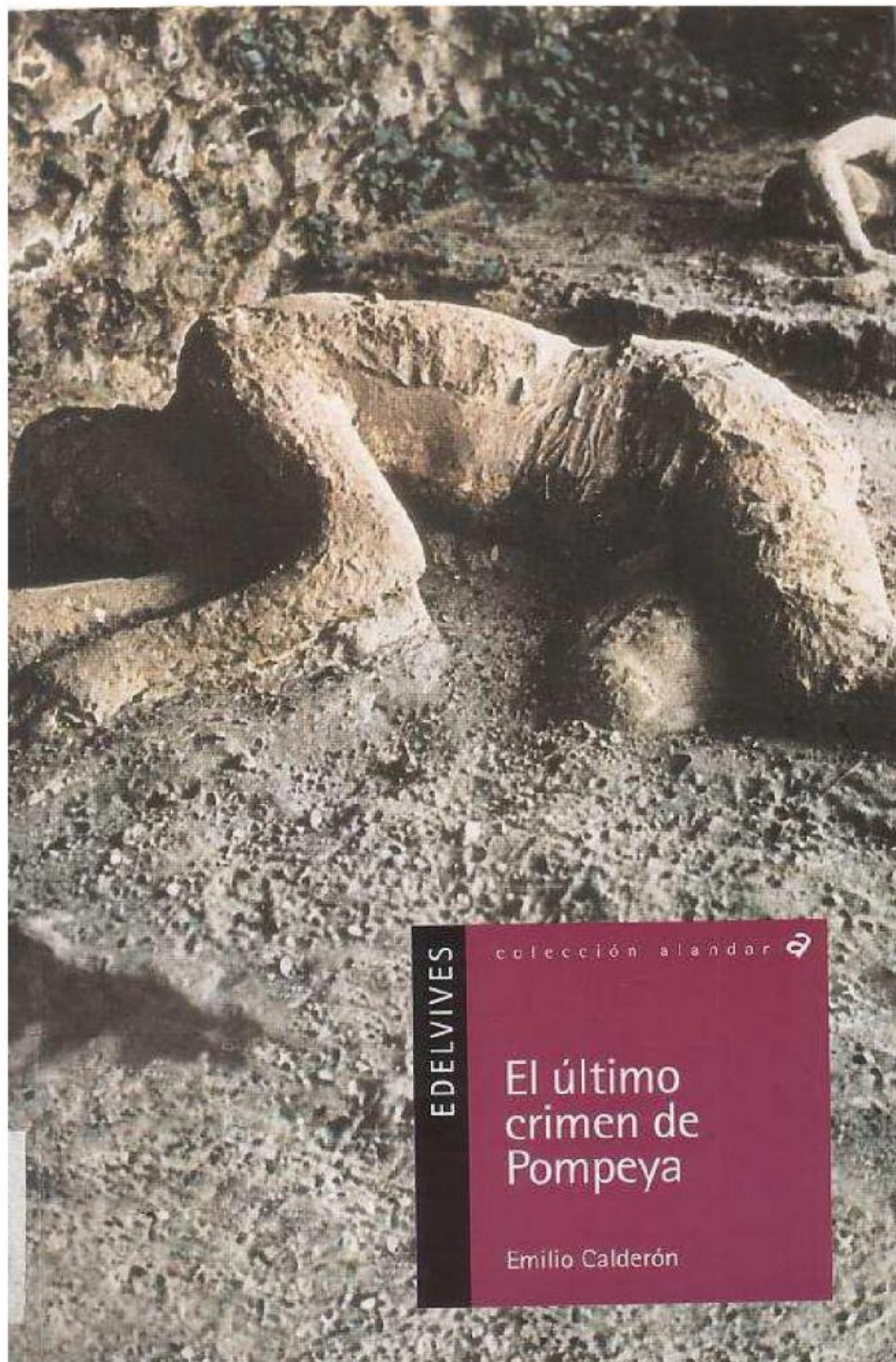




EDELVIVES

colección alandar 

El último crimen de Pompeya

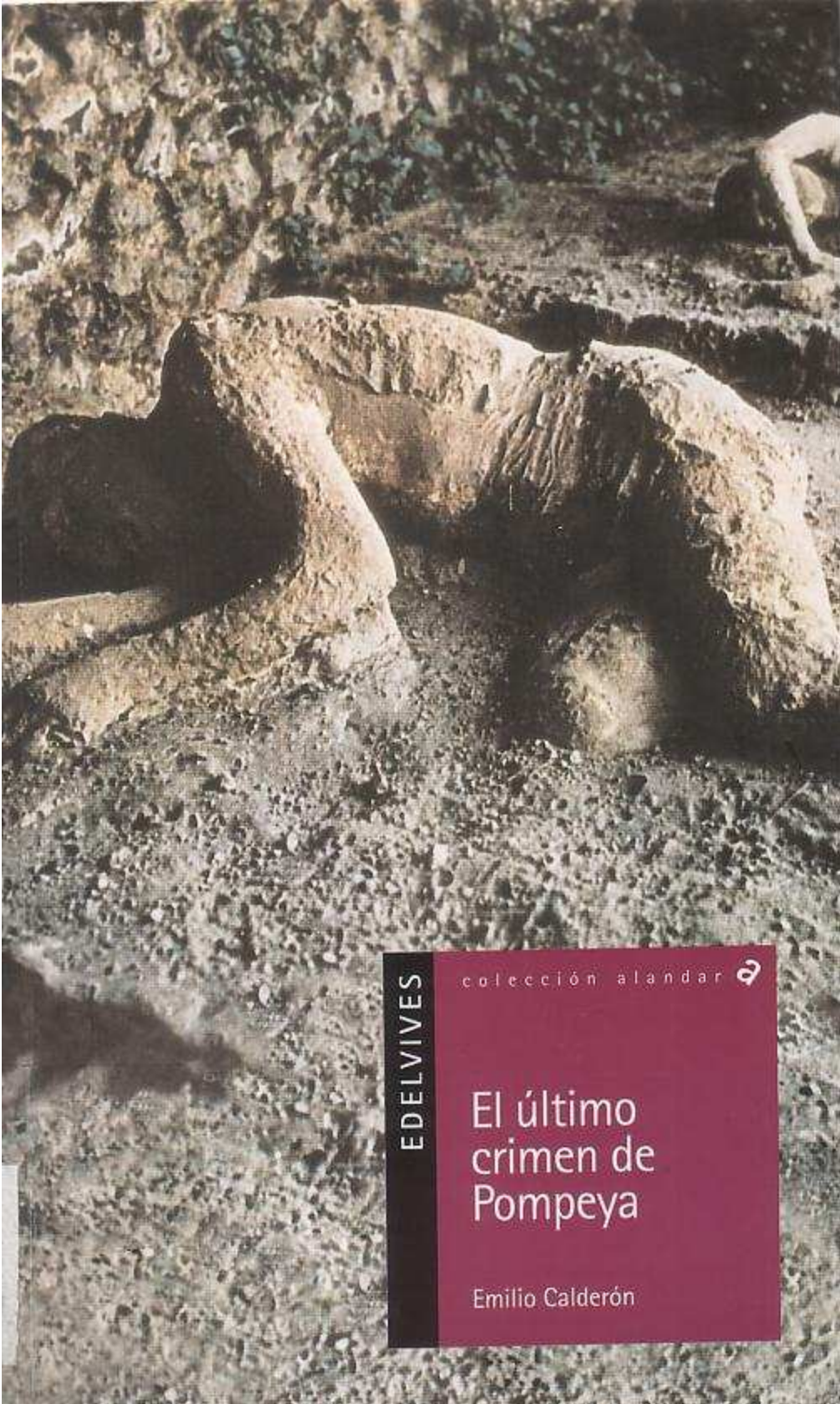
Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

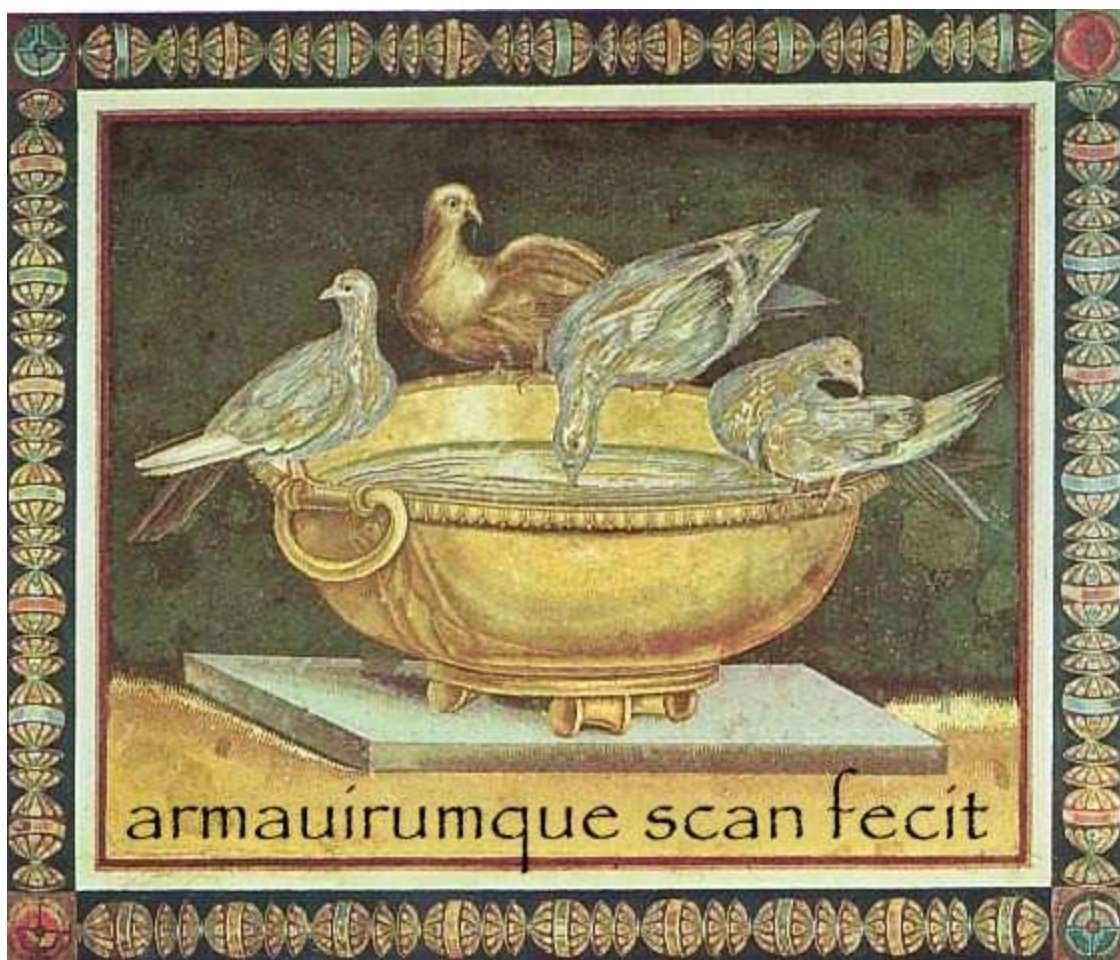


EDELVIVES

colección alandar 

El último crimen de Pompeya

Emilio Calderón



Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

1

El último crimen de Pompeya

Emilio Calderón

EDELVIVES

Colección *al andar*

Directora de la colección:

M^a José Gómez-Navarro

Equipo editorial:

Violante Krahe Juan Nieto

Lupe Rodríguez

Dirección de arte:

Departamento de imagen y diseño GELV

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Fotografía de cubierta:

A.G.E. FotoStock

© Del texto: Emilio Calderón

© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2004

Carretera de Madrid, km. 315,700

50012 Zaragoza

Teléfono: 913 344 883

www.edelvives.es

ISBN: 84-263-5503-X

Depósito legal: Z-2178-04

Talleres Gráficos Edelvives (50012 Zaragoza) Certificados ISO 9001

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial, o distribución de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos el tratamiento informático y la reprografía.

El 0,7% de la venta de este libro se destina a la construcción de la escuela que la ONG Solidaridad, Educación, Desarrollo (SED) gestiona en San Julián (El Salvador).



Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

2

FICHA PARA BIBLIOTECAS

CALDERÓN, Emilio (1960-)

El último crimen de Pompeya / Emilio Calderón. – 1ª ed. – Zaragoza: Edelvives, 2004

166 p.; 22 cm. – (Alandar; 47)

ISBN 84-263-5503-X

1. Pompeya. 2. Yacimientos arqueológicos. 3. Investigación criminal. 4. Amor. I. Título. II. Serie.

087.5:821.134.2-31"19"

En el año 79, el Vesubio entra en erupción y sepulta Pompeya bajo un mar de lava. Casi 2 000

años después, Chema, un estudiante malagueño que realiza sus prácticas de Arqueología en esta ciudad, encuentra un calco que llama su atención poderosamente. Se trata de dos varones, uno de los cuales está apuñalando al otro. Con la ayuda de Popea, Chema inicia una investigación que le lleva a descubrir hechos históricos sorprendentes. Todo ello aderezado con personajes procedentes del mundo de la mafia, con porteros cotillas y el encanto de Nápoles.

*«Es una noble misión rescatar del olvido
a quienes merecen ser recordados.»*

Plinio el Joven

*Al auténtico José María Peralta,
excelente pintor y mejor persona,
con quien visité por primera vez la
ciudad de Pompeya, y
que se ha convertido en el
protagonista de esta historia.*

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

3

ANTES DE LA ERUPCIÓN

Cuando la azafata de tierra me preguntó si prefería ventanilla o pasillo, me tomé unos segundos antes de responder con otra pregunta:

—¿Por qué lado se ve el Vesubio?

La azafata, una joven italiana de tez morena y cabello oscuro, me miró con extrañeza.

—Creo que el Vesubio se ve por el lado izquierdo —contestó tras reflexionar unos instantes.

—Entonces dame un asiento de ventanilla en el lado izquierdo del avión —solicité. De haber dispuesto de más tiempo, me hubiera gustado explicarle a la azafata y a todos los que hacían cola detrás de mí que no se encontraban ante un chiflado, sino frente a un estudiante de Arqueología que viajaba por primera vez a Pompeya para hacer prácticas a las órdenes del profesor Bolarín, uno de los arqueólogos más famosos del mundo, y que mi interés por el Vesubio, por tanto, estaba justificado por estar íntimamente ligado a la historia de la ciudad. No en vano, en la mañana del 24 de agosto del año 79, el Vesubio había sepultado Pompeya bajo un mar de lava. Dos mil, de los 20 000 habitantes de la ciudad, perecieron víctimas de las piedras, los gases deletéreos y las techumbres de las viviendas que se derrumbaron sobre sus cabezas. Hoy sabemos que los pompeyanos esperaron hasta última hora para huir, convencidos de que la lluvia de cenizas y piedras la formaban proyectiles ligeros de los que parecía fácil protegerse. Nadie pensó en el peligro que suponían los gases de azufre y los vapores clorhídricos que el viento arrastraba; nadie previó que la incesante lluvia de escoria acabaría enterrando la ciudad. Se comportaron como si no le tuvieran miedo al volcán.

Tres horas y media más tarde, cuando el avión comenzó la maniobra de aproximación al golfo de Nápoles, me sorprendió la escasa distancia que separaba Pompeya del Vesubio, y el elevado número de pueblos y ciudades que habían proliferado a lo largo de la bahía, en lo que parecía un nuevo pulso entre los hombres y el volcán. ¿Acaso los habitantes de la región habían olvidado los efectos devastadores de cada una de sus erupciones a lo largo de la historia?

Luego, ya instalado en Nápoles y con el Vesubio como vecino, descubrí la razón de esta afrenta. Los volcanes y los seres humanos somos más parecidos de lo que aparentamos a simple vista. La ardiente lava que corre por las entrañas de un volcán es comparable a la sangre que corre por nuestras venas. El paso de la calma a la actividad de un volcán es igual al cambio de humor de una persona. La furia de los volcanes lleva aparejada la destrucción, y lo mismo sucede con los hombres. Y como ocurre con el género humano, unos volcanes son silenciosos y tranquilos, otros violentos

e impetuosos. Incluso en el aspecto exterior existen paralelismos, pues hay volcanes altos y esbeltos, y volcanes bajos y gruesos. En definitiva, un volcán no es sólo montaña, de la misma manera que un hombre es algo más que un simple cuerpo: uno y otro tienen vida interior. El Vesubio, pues, es un habitante más de la región, de ahí que el napolitano sienta respeto por él, pero no temor. De hecho, todos los napolitanos tienen un carácter volcánico, adquirido posiblemente tras vivir en compañía del Vesubio durante miles de años.

Yo mismo acabé comportándome como un volcán, perdí la calma y entré en erupción. Y como los volcanes, tuve razones profundas para hacerlo. Esta es mi historia.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

4

OceanofPDF.com

LA CIUDAD RESUCITADA

Transformar los restos de una persona sepultada bajo toneladas de lava en una escultura de resina no es una labor fácil. Primero se retiran los vestigios materiales: huesos, joyas, monedas, a través de un orificio practicado en el estrato de ceniza petrificada; a continuación se rellena el hueco con resina, de modo que no quede ningún recoveco sin cubrir; y por último, se desmolda, se limpia de impurezas y se pule la escultura obtenida. El resultado es tan sorprendente que uno tiene la impresión de encontrarse frente a un cadáver petrificado. Las facciones del difunto, los pliegues de las ropas, el contorno de los miembros, incluso la expresión de horror grabada en el rostro, todo vuelve a cobrar vida. Gracias a este ingenioso método inventado por el arqueólogo Giuseppe Fiorelli, se pudieron realizar los moldes de cientos de pompeyanos que perecieron a causa de la erupción del Vesubio. De hecho, estos calcos eran el mayor reclamo turístico de Pompeya. El visitante entra en una bonita y apacible villa decorada con pinturas murales de gran mérito o con prodigiosos mosaicos de diminutas teselas, y en el jardín descubre unos cuantos cuerpos retorcidos y carbonizados, desde niños a mujeres embarazadas. Una escena difícil de olvidar. Yo llevaba dos meses adecentando calcos, cuidando de ellos como un padre cuida de sus hijos, y había empezado a experimentar el mismo afecto que un padre siente por sus vástagos. Los había de todas las clases sociales, edades y tamaños: militares, comerciantes, ricas damas de la aristocracia, esclavos, libertos, gladiadores, ancianos, niños, y hasta algún perro, cuyo amo había olvidado desatar al animal antes de emprender la huida. Contemplarlos de cerca me ayudaba a comprender el sufrimiento que habían tenido que padecer, de ahí que procurara tratarlos con consideración, como si aún estuviesen vivos. Si tenía que trasladar un calco hasta el almacén para someterlo a alguna reparación, lo hacía como si se tratara de un enfermo grave, con sumo cuidado. Otro tanto ocurría con los calcos de reciente creación que me eran asignados. Les limpiaba el polvo y les buscaba el lugar en el que pudieran lucir mejor. En ocasiones, me sentía como un empleado de pompas fúnebres. Otras, tenía la impresión de que Pompeya no era más que un gigantesco cementerio, cuyos moradores habían sido despojados de la dignidad que los difuntos merece convertidos en una atracción turística. Entonces me flaqueaba el ánimo y me preguntaba cuál era mi papel en aquella representación, cuál mi grado de culpa. Desde luego, no era el trabajo con el que sueña un arqueólogo, pero, a decir verdad, yo sólo era un estudiante de Arqueología. Un becario adscrito al equipo del profesor Bolarín.

El problema era que el equipo del *dottore* Bolarín estaba formado por más de 50 profesionales y por otros tantos becarios, asignados en su gran mayoría a labores de desescombro en los distintos yacimientos. Yo, en cambio, había sido destinado a lo que en Pompeya se conocía coloquialmente como la «enfermería», un antiguo granero de cereales, verduras y legumbres, próximo al foro, que ahora se utilizaba como almacén y taller arqueológico. Lo cierto era que, gracias a mis singulares «pacientes», había hecho grandes descubrimientos, tales como que todo el mundo creía ver un reflejo de su propia muerte en los calcos de Pompeya. Al contemplarlos, uno descubre que la muerte nos alcanza cuando más desprevenidos estamos. Por ejemplo, comprando el pan o caminando tranquilamente por la calle. La mayoría de nosotros vivimos ajenos a la posibilidad de morir súbitamente, porque nos sentimos invulnerables, nos creemos casi inmortales, cuando la verdad es que la parca sólo necesita un segundo para arrebatarnos la vida. Eso es lo que representan los calcos, lo efímero y la fragilidad de la existencia frente a la muerte.

En esas andaba, cuando una mañana me enviaron dos calcos de reciente creación procedentes de la villa de un tal Marco Obellio Firmo. Se trataba de dos varones, un joven que vestía un lienzo corto sujeto con un cinturón, la indumentaria propia de un gladiador o de un gimnasta, y un hombre *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

5

de mediana edad que llevaba puesta la tradicional toga romana. A tenor de la postura de ambos, con las piernas recogidas y las rodillas pegadas a los mentones, parecía que se habían colocado en posición fetal con el propósito de protegerse de los gases sulfúricos que emanaban del volcán. Lo extraño era que las manos del joven estaban apoyadas en la cintura de su compañero, cuando lo normal habría sido que las empleara para cubrirse el rostro. La mano derecha, además, estaba cerrada, como cuando se empuña un objeto. Este detalle me llevó a examinar el costado izquierdo de la otra figura, donde creí descubrir una incisión de 5 centímetros, una herida de arma blanca. « ¿Acaso el joven estaba apuñalando a su compañero cuando les sorprendió la erupción del volcán? », me pregunté. La respuesta pasaba por averiguar qué objetos habían aparecido junto a los restos óseos de ambos cadáveres. Le transmití mis inquietudes a mi supervisor, quien me remitió al suyo, el cual me puso en contacto con su superior. Éste a su vez puso a su secretario a mi disposición. Al final, el secretario del secretario me comunicó que en breve un miembro del servicio de conservación y catalogación se pondría en contacto conmigo.

Mientras aguardaba a que se produjera el milagro de que mi demanda fuera atendida, centré mi interés en la villa en la que habían sido encontrados los cuerpos de los dos hombres. Al parecer, el propietario, Marco Obellio Firmo, había sido administrador de la ciudad de Pompeya en varias ocasiones, y sus restos reposaban en una necrópolis próxima a la Puerta de Nola, siguiendo la costumbre romana de enterrar a los muertos extramuros. Además, la villa se encontraba en obras desde el año 63, como consecuencia del terrible terremoto que tuvo lugar en Pompeya en esa fecha. Preguntas como: ¿quiénes eran aquellos hombres? o ¿qué hacían en una casa en obras?, empezaron a repetirse en mi cabeza a todas horas.

Así pasaron los días, hasta que una mañana recibí la visita de una joven, becaria como yo, a la que habían designado para responder a mi demanda.

—¿José María Peralta? —me preguntó.

Se trataba de una muchacha de tez sonrosada, ojos verdes y cabello cobrizo, con una voz tan firme como la seguridad que mostraba en sí misma.

—Sí, soy yo. Aunque mis amigos me llaman Cherna.

—Mi nombre es Popea Pazzi. Me mandan del Museo Arqueológico Nacional. Tengo entendido que has solicitado información sobre la villa de Obellio Firmo, ¿no es así?

No me hizo falta preguntarle de dónde procedía su nombre. Popea Sabina, además de ser la segunda esposa de Nerón, pertenecía a una de las familias más ilustres de Pompeya, de ahí que fuera un nombre relativamente corriente en la región de Campania.

—En efecto —respondí.

La joven abrió un cartapacio y, sin más dilación, leyó el informe que guardaba:

—«La villa de Obellio Firmo ha revelado una compleja historia constructiva. La entrada principal de la casa se encuentra en la vía Nola, número 4. En su primera fase era una casa con atrio, que se extendía hasta el oeste por...»

—Lo que me interesa saber es qué restos óseos y materiales se han encontrado en el lugar en que fueron hallados los dos calcos —la interrumpí.

—¿Por alguna razón especial?

—Creo haber hecho un descubrimiento extraordinario, pero no estoy seguro —reconocí. Popea tardó unos segundos en encontrar los datos que le pedía.

—Veamos. Restos óseos: dos cráneos, dos caderas, un fémur, una tibia, tres falanges y los cinco huesos de un metacarpo, pertenecientes a dos varones. Restos materiales: una daga curva, probablemente de origen oriental, un anillo con el sello de Domiciano, el hermano del emperador Tito, y 850 monedas de oro repartidas en 17 bolsas de cuero.

—¿Ochocientas cincuenta monedas de oro?

—Áureos con la efigie de Tito.

—Entonces mis sospechas eran fundadas —observé.

Popea me escrutó antes de añadir:

—¿A qué te refieres?

—Acompáñame.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

6

Llevé a Popea hasta la sala en la que estaba trabajando con los calcos.

—Esto parece una morgue —acertó a decir.

—En cierto sentido, lo es. Podríamos decir que son cadáveres de yeso o resina, sin alma, sin nadie que les llore.

—¿Por qué entonces los cubres con sábanas como si fueran cadáveres de verdad? —se interesó.

—Los cubro para protegerlos del polvo, y también para que la gente que viene de visita no se quede impresionada al ver media docena de cuerpos retorcidos —respondí. Luego, retiré la sábana que cubría los calcos de la villa de Obellio Firmo y le pregunté:

—¿Qué dirías que está haciendo la persona que está detrás?

Popea se inclinó sobre el calco del joven con cierta prevención.

—Tiene el puño cerrado, apoyado sobre el costado de su compañero...

Parece una consecuencia del *rigor mortis* —respondió.

—¿*Rigor mortis*? —dije temiendo que mi teoría del asesinato no fuera más que una fantasía.

—Ocurre a veces, los puños se cierran como consecuencia de la muerte. Se trata de una reacción instintiva del organismo —me aclaró.

—Ahora échale un vistazo al costado de su compañero y dime qué ves —le indiqué.

—Parece una incisión...

—Que no ha podido ser causada por el *rigor mortis* —me inmiscuí.

—¡Que me parta un rayo! ¡El joven estaba apuñalando a su compañero! —acabó admitiendo.

—Pero la erupción del Vesubio coincidió con el asesinato, y luego la escena quedó grabada en la ceniza cuando se enfrió —completé el razonamiento.

—Las cenizas húmedas se adhieren estrechamente al cadáver antes de solidificarse, de modo que cuando el cuerpo se descompone, queda un hueco con la forma exacta de la persona, ¿estoy en lo cierto? —preguntó a continuación.

—Sí. La ceniza húmeda penetra en todos los huecos, y cuando se solidifica lo hace respetando el relieve del cuerpo.

—Comprendo. Así que es como tener una fotografía en tres dimensiones del último crimen de Pompeya.

Ni siquiera yo lo habría descrito con tanto acierto. En efecto, lo que teníamos delante era una imagen en tres dimensiones del último crimen cometido en Pompeya, momentos antes de que la ciudad quedara enterrada bajo cientos de toneladas de lava. Ahora, 1 924 años después, el asesino y su víctima habían quedado de nuevo al descubierto.

Volví a examinar detenidamente los cuerpos. Esta vez tuve la impresión de que en cualquier momento recobrarían la movilidad con el propósito de terminar lo que la erupción del Vesubio había interrumpido. El asesino era de mayor tamaño y envergadura que la víctima, a pesar de lo cual sus facciones tenían cierto aire de nobleza. No había vesania en su gesto, como tampoco dolor en la expresión de la víctima.

—Me pregunto por qué el gladiador no soltó a su víctima ni siquiera cuando vio que su vida corría peligro. Ambos tuvieron que padecer una lenta y larga agonía —observé.

—Tal vez porque no apreciaba su vida. Los gladiadores solían ser convictos o esclavos, así que no temían a la muerte porque estaban acostumbrados a convivir con ella —aclaró Popea.

—Hay otra cosa que me intriga. Si el gladiador huyó del cuartel cuando el Vesubio entró en erupción, ¿por qué no salió de la ciudad por la Puerta de Estabias, que le quedaba a un paso? Si miras un plano de Pompeya, verás que la villa de Marco Obellio Firmo está próxima a la Puerta de Nola, que queda al este. Y del este precisamente procedía la lluvia de proyectiles. La mayoría de los cuerpos que se han encontrado en Pompeya estaban cerca de las puertas de Herculano y Marina, que eran las más lejanas al volcán.

En esta ocasión, Popea se tomó su tiempo antes de responder a mi observación.

—Quizá ese detalle indique que el gladiador fue a la villa de Obellio Firmo sabiendo adónde se dirigía. Tal vez fue hasta allí para robar a su víctima.

Aunque el razonamiento de Popea parecía perfecto, en mi cabeza surgieron un sinnúmero de nuevas preguntas. Por ejemplo, qué significaba el anillo con el sello de Domiciano que llevaba la víctima, o



Emilio Calderón
El último crimen de Pompeya
 7

a quién iban destinadas las 850 monedas de oro distribuidas en 17 bolsas.
 Debí de formular esta pregunta en voz alta, ya que Popea se encargó de responderme:

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

8

Pompeya era por aquel entonces una ciudad de veraneo, así que lo más probable es que el dinero estuviera destinado a la adquisición de una villa de recreo por parte de Domiciano.

—Lo que convierte a la víctima en su emisario, de ahí que portara un anillo con su sello.

—Así es. Todo encaja.

—Resumiendo: el gladiador huyó del cuartel donde vivía confinado cuando el caos se extendió

por la ciudad, y en vez de tomar la vía que llevaba a la Puerta de Herculano como todo el mundo, se encaminó a la villa de Marco Obellio Firmo con la intención de robar al emisario de Domiciano, que había llegado a Pompeya para hacer efectivo el pago de una villa de recreo que su señor pensaba adquirir. Me pregunto cómo un gladiador sometido a una estrecha vigilancia pudo conocer estos detalles.

—Domiciano era el hermano del emperador Tito, así que la visita de su emisario no pasaría desapercibida, ¿no te parece? —intervino de nuevo Popea.

—Desde luego, ¿pero qué hacían en la villa de Marco Obellio Firmo si la casa estaba en obras?

—pregunté a continuación.

—Tal vez el encuentro tuvo lugar en la calle, pero como arreciaban los proyectiles procedentes del Vesubio, buscaron refugio en el primer sitio que encontraron con las puertas abiertas.

—Parece lógico —admití.

—Caso resuelto, pues. Tengo coche, ¿quieres que te lleve a Nápoles?

—Siempre será mejor que el transporte público. Te lo agradezco.

Cuando abandonamos el recinto arqueológico, el sol caía a plomo sobre Pompeya, y las gaviotas sobre-volaban el cielo en busca de los desperdicios de los turistas. Noté que caminaba preso de un extraño estado de excitación, tal vez porque creía haber resuelto un caso criminal. O quizá porque iba acompañado de una chica. Acabé recordando el pasaje de una novela, en el que el personaje central le decía al narrador que le gustaría enterrar un objeto precioso en cada lugar donde hubiera sido feliz, para desenterrarlo cuando fuera viejo, feo y triste. A mí me ocurría lo contrario, era feliz desenterrando el pasado, escarbando en la epidermis de las cosas. Y así era como me sentía en ese momento: feliz.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

AUTISTA

Según el *Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española*, el autista es el individuo afecto de autismo, siendo el autismo la concentración habitual de la atención de una persona en su propia intimidad, con el consiguiente desinterés respecto del mundo exterior. En Italia, *l'autista* es el chófer o conductor de un vehículo. No sé si se trata de una casualidad o de otra cosa, pero lo cierto es que los autistas italianos, y de manera especial los napolitanos, conducen como verdaderos autistas según la acepción española del término. Es como si condujeran ensimismados y con absoluto desinterés por el mundo exterior. Nadie parece estar obligado a detenerse en los semáforos en rojo, y quien lo hace se arriesga a ser embestido por detrás. Circular por una vía principal no da ninguna clase de preferencia. La derecha y la izquierda valen lo mismo. El arcén es un carril más de la carretera, lo mismo que la doble línea continua: se utilizan para adelantar. En las motocicletas pueden viajar tres personas o más, y nadie usa casco. Por todo lo cual, circular por las carreteras de la Campania es un deporte de riesgo.

Popea conducía como una autista genuina, como si los coches que circulaban a nuestro alrededor, los cruces, semáforos y demás señales de tráfico fueran invisibles a sus ojos. Cinco minutos después de ponernos en marcha, mi felicidad se transformó en un sudor frío.

—Lláname *Pop* —me dijo, al tiempo que aceleraba de cero a cien en 10 segundos.

—¿Pop?

—Como la música. Es más corto y me hace parecer extranjera.

—Creo que el color de tu pelo ayuda —advertí.

—Mi familia es siciliana, de origen normando. La gente cree que los italianos del sur somos todos morenos, pero no es así. Tengo 14 primos y todos son pelirrojos. Luego, tras invadir impunemente el carril contrario, sin atender a la doble línea continua pintada en el suelo, me preguntó:

—¿De qué parte de España eres?

El ruido del motor en plena aceleración no me impidió escuchar las imprecaciones que nos dedicaron los conductores de los tres coches que adelantamos de una vez: *Cornuta! Disgraziatal Brutta bestia!1*

—De Málaga —contesté con un nudo en la garganta.

—¿Málaga está en Andalucía?

La cercanía de un camión cuya intención parecía ser la de estamparse frontalmente contra nosotros, me llevó a obviar la pregunta de Popea y a hacerme la siguiente reflexión existencial: que Málaga perteneciera o no a Andalucía carecía de importancia ahora que veía tan cerca la muerte. Cuando la proximidad del camión me permitió apreciar con claridad meridiana el cartel de la chica Michelin del año 2003 que colgaba de la cabina, el coche realizó una inverosímil danza acrobática sobre el asfalto que nos devolvió a nuestro carril una milésima de segundo antes de la colisión.

—Le he visto hasta las caries —dije con voz temblorosa.

—¿Al camionero o a la chica del calendario? —dijo Popea con una frialdad que acatarraba.

—A mi ángel de la guarda. Creí que nos estampábamos.

—Aprobé a la primera. Todo está bajo control —aseguró.

1 ¡Cornuda! ¡Desgraciada! ¡Mala bestia!

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

10

—Por tu forma de conducir, pronto estarás bajo tierra —repliqué.

—¿No serás uno de esos machistas que no soportan que las mujeres conduzcan rápido?

—Creo que confundes la velocidad con el tocino.

—¿Quieres bajarte? —se desmarcó.

A pesar del evidente peligro, no estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer.

—Sólo quiero llegar sano y salvo a Nápoles.

A mis palabras siguió un nuevo adelantamiento doble, que tuvo su continuación en un cruce con su señal de stop que nos saltamos, y que nos puso en peligro de colisión frontal. Entonces Popea asomó la cabeza por la ventanilla y procedió a formular lo que los napolitanos llaman una *jastemma*, una maldición canónica lanzada en un arrebato de rabia, que suele generar una puesta en escena de gestos y frases rituales por parte de la víctima. En esta ocasión, la víctima de turno se limitó a dedicarnos una butifarra acompañada del persistente sonido de una bocina que estuvo a punto de reventarnos los tímpanos.

—Creo que en vez de emplear la segunda persona del singular, tenía que haber recurrido a la primera del plural. No hay duda, pronto estaremos bajo tierra.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Málaga está en Andalucía? —insistió Popea como si no ocurriera nada.

A un nuevo adelantamiento siguió un volantazo y un frenazo brusco. En esta ocasión faltaron 20

centímetros para que nos incrustáramos contra el maletero del coche que circulaba delante de nosotros.

—Así es —respondí antes de quedarme definitivamente mudo.

—Entonces aquí te sentirás como en casa. Nápoles se parece un poco al sur de España: buen tiempo, buena comida y gente apasionada. A lo que hay que añadir una pizca de caos, ingrediente imprescindible en la vida del napolitano. Ya te habrás dado cuenta de que Nápoles tiene sus propias leyes para casi todo.

De no haber perdido el don de la palabra le hubiera hecho ver que el adverbio «casi» sobraba. Nápoles tenía sus propias leyes para todo. O quizá no tenía ninguna. Cuando me apeé era yo quien había sufrido un ataque de autismo. Me sentía como un sonámbulo que se despierta bruscamente en un lugar que no conoce. Tardé varios minutos en volver en mí. Entonces descubrí que me encontraba en el portal de la pensión en que vivía, con un papel en la mano en el que Popea había escrito su número de móvil y la siguiente frase: «Ya que te ha comido la lengua el gato, silba cuando necesites mi ayuda de nuevo». Quise silbar, pero sólo logré emitir un leve resoplido de alivio.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

11

ALLEGRO MA NON TROPPO

El paso de los años había borrado las estrellas del Albergo Margarita del firmamento de los hoteles de Nápoles. Situado en el corso Umberto I, en el mismo corazón de la ciudad, sus instalaciones se habían quedado tan obsoletas que se había convertido en el refugio ideal para becarios extranjeros con poco dinero. El hecho de que se tratara de un lugar económico no impedía que su propietaria, la señora Margarita Allegro, empleara ciertas tácticas para obtener un pingüe beneficio de su negocio. Así, la luz se iba durante el día, la sopa se servía con moscas, de modo que los comensales perdían el hambre, y el agua caliente faltaba a primera hora de la mañana y a última hora de la noche. Daba igual que el huésped protestara, la señora Allegro siempre encontraba alguna institución ajena a la pensión a la que echarle la culpa, tras lo cual hacía un juego de palabras con el famoso adagio: *Allegro ma non troppo*², en alusión a que si bien su apellido significaba «alegre», no se sentía demasiado contenta.

Otro tanto ocurría con el señor Magro Moro, el cancerbero que velaba por el buen funcionamiento de aquella cárcel sin barrotes. Emigrante de origen portugués, el señor Magro Moro llevaba 20 años viviendo en Nápoles, 18 de los cuales los había pasado al frente de la recepción del Albergo Margarita. Hombre de carácter adusto, el señor Magro Moro estaba tan rígido como un calco pompeyano. Su rostro era incapaz de expresar emoción alguna, y cuando hablaba masticaba las palabras antes de tragárselas, de modo que resultaba imposible entender lo que decía. Si en alguna ocasión el huésped no veía al señor Magro Moro detrás del

mostrador de recepción, sólo tenía que asomarse para comprobar que yacía sobre un colchón situado al lado de la centralita telefónica. Su único entretenimiento conocido se lo proporcionaba un cortaúñas, que utilizaba a todas horas para hacerse la manicura. Uñas, padrastrós y otras imperfecciones de la piel eran arrancadas con una saña que la costumbre había convertido en obsesión. Como consecuencia de esta práctica, las manos del señor Magro Moro parecían las de un extraterrestre. Claro que su comportamiento tampoco era muy terrenal, pues jamás bajaba los 5 pisos que separaban la pensión de la calle. Gracias al cielo que el señor Magro Moro ponía en su trabajo, la señora Allegro se jactaba de no haber sido jamás engañada por cliente alguno, tras lo cual volvía a hacer uso del famoso dicho: *Allegro ma non troppo*, es decir, condescendiente a la hora de cobrar, pero no tonta. En los 2 meses que llevaba residiendo en el albergo de la señora Allegro, la ojeriza que la propietaria había comenzado a mostrarme a partir de mi segunda semana de estancia se había ido transformando durante los últimos días en maldad, hasta el punto de hacerme la vida imposible. Al principio, se limitó a colocar mi plato en el extremo de la mesa, lejos de los demás. El siguiente paso fue colgar un extraño cuerno rojo del pomo de la puerta de mi habitación. Un amuleto contra la mala suerte o el mal de ojo, característico de la cultura napolitana, que presagiaba mi conversión en un apestado. Luego, delegó el cobro semanal en la persona del señor Magro Moro, quien además registraba mis pertenencias. Por último, comenzó a comunicarse conmigo a través del portero de la finca, un ex camorrista llamado Beppe Sanguinetti. Al parecer, mi pecado no era otro que mi trabajo, tal y como ponía de manifiesto el título de uno de mis libros de cabecera: *Pompeya, la ciudad sepultada*. La señora Allegro estaba convencida de que quienes trabajan en una ciudad sepultada son, en realidad, sepultureros, por lo que temía que mi contacto con los calcos y, por ende, con el mundo de los muertos, pudiera acarrearle la ruina definitiva a su casa de huéspedes. Así las cosas, me rogaba que abandonara el albergo en el plazo improrrogable de una semana.

—La señora Allegro dice que eres un muchacho limpio, decente y discreto, pero teme que tu

2 Alegre, pero no demasiado. Expresión que se utiliza principalmente en el mundo musical, para poner de manifiesto que se requiere un mayor ritmo, una mayor alegría, pero contenida. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

12

contacto diario con los difuntos de Pompeya pueda traer *il malocchio*³ a su casa —argumentó don Beppe.

—¡Pero si sólo soy un simple aspirante a arqueólogo! —me defendí.

—Un aspirante a arqueólogo que juega con las almas del purgatorio. Has criado fama de enterrador, que es lo peor que se puede ser en Nápoles —me replicó don Beppe, al tiempo que se persignaba.

¿Cómo podía explicar a don Beppe y a doña Margarita que mi trabajo era completamente inocente? ¿Cómo hacerles comprender que los arqueólogos no somos más que desenterradores de historias?

El problema es que semejante medida me convertía en lo que los napolitanos llaman un *iettatore*, un gafe, con lo que ninguna pensión me admitiría como huésped. Considerando que aún tenía por delante 2 meses de beca, no podía permitirme perder mi plaza en el Albergo Margarita. Fue entonces cuando se me ocurrió una estratagema que limpiara mi imagen a los ojos de la señora Allegro.

Antes de subir a la pensión me dirigí a la garita de don Beppe. Desde allí, el portero vigilaba las idas y venidas de los vecinos, el cajetín de pago del ascensor y la preparación del *ragù*, una salsa de carne de vaca, carne de cerdo, tocino macerado, vino tinto y tomates que se tiene que remover con una cuchara de madera de forma regular durante las horas que dura la cocción. En el tiempo que llevaba residiendo en el Albergo Margarita, nunca había visto a don Beppe sin su cuchara de madera. Era como un apéndice más de su cuerpo. Otro tanto ocurría con su camiseta de tirantes y con el trapo de cocina que colgaba de su hombro derecho. Parecían formar parte de su anatomía. Don Beppe se había quedado viudo hacía 5 años y, desde entonces, todos los días cocinaba una olla de *ragù*, que luego vendía en cartuchos de papel de estraza entre el vecindario. Una costumbre muy arraigada entre los porteros napolitanos. Como la señora Margarita, don Beppe también tenía una frase de cabecera relacionada con la salsa que fabricaba: «Late en los macarrones como la sangre en las venas».

—Don Beppe, ¿puedo hablar con usted? —solicité.

El *ragù* bufaba en la superficie de la marmita casi imperceptiblemente, según las reglas, desprendiendo un aroma intenso.

—Habla, pero no me pidas nada que me obligue a separarme del *ragù*, porque no lo haré —me advirtió.

Si cayera una bomba en el edificio, don Beppe no se separaría de su marmita. A lo sumo, huiría llevándola consigo.

—Sólo quiero comunicarle algo para que se lo traslade de mi parte a la señora Margarita, ya que ella se niega a hablar conmigo —añadí.

—Te escucho.

—Quiero que le diga a la señora que me han encargado investigar un crimen cometido en Pompeya hace 2 000 años y que, en consecuencia, dejo de hacer el trabajo que realizaba antes —

expuse dándome cierta importancia.

Don Beppe me escrutó de arriba abajo antes de pronunciarse:

—Resumiendo, que ya no eres enterrador. Y quieres que la señora Allegro reconsidere su postura.

Esta vez bufaron mis tripas, que empezaban a reclamar que les diera algo de comer.

—Así es.

—Le trasladaré tu demanda a la señora, pero no te garantizo nada. Doña Margarita ha puesto un anuncio en el periódico ofreciéndole tu cuarto a un jorobado, y ya se han presentado varios candidatos.

—¿Un jorobado? —pregunté sin comprender qué relación podía existir entre mi situación y la presencia de un jorobado en la pensión.

—Sólamente un jorobado puede quitar el mal de ojo. Claro que si has cambiado de ocupación la

3 El mal de ojo.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

13

cosa varía...

Don Beppe hablaba con la seguridad de quien se sabe respetado por todos. En realidad, su ascendiente sobre la comunidad de vecinos se basaba en el hecho de que dormía la siesta en la terraza, pegado a las chimeneas de la casa, a través de las cuales escuchaba las conversaciones de los vecinos, lo que le permitía estar al tanto de los secretos de todos.

—Ahora, háblame de ese crimen que dices que estás investigando —añadió.

—Por ahora sólo puedo adelantarle que el asesino es un gladiador, y que hay mucho dinero de por medio —le conté mostrándome cauteloso.

—Un asunto interesante. ¿Y qué dice la policía?

—Nada.

—¿Cómo que nada? La policía siempre tiene algo que decir.

—El crimen se cometió hace 2 000 años, ¿recuerda? Ya ha prescrito.

— *Cornuti!*⁴ El único que prescribe es el muerto. Y basándose en la prescripción del muerto, la policía aprovecha para lavarse las manos. ¡Pilatos, son una caterva de pilatos! *Scandaloso!*⁵

Un nuevo bufido del *ragù* puso énfasis al comentario de don Beppe, como si la salsa estuviera completamente de acuerdo.

—Otra cosa, ¿tiene cambio para el ascensor? —le pregunté, ya que después del viaje en coche con Popea no me habían quedado fuerzas para subir a pie los 5 pisos.

—Lo siento, *ragazzo*, no tengo ni un céntimo.

—¿Cuándo será gratis el ascensor? —solté a modo de queja.

—¿Cuándo será gratis el ascensor, cuándo será gratis el ascensor?

¿Acaso son gratis los zapatos o el pan? ¿Por qué entonces los ascensores tendrían que ser gratis? —replicó don Beppe.

—En mi país lo son —le hice ver.

—Porque en la Europa civilizada la figura del *guardiporta*⁶ está bien valorada, pero en Nápoles hasta un *guappo*⁷ está mejor considerado que un *guardiporta*. A don Beppe le faltó decirme que la mayoría de los porteros de Nápoles eran precisamente antiguos miembros de la camorra, maleantes

con alguna tara adquirida en acto de servicio gracias a la cual habían obtenido la prebenda de una portería. De esa forma, la mafia local controlaba los movimientos de todos los napolitanos.

No tenía ganas de seguir discutiendo con don Beppe, así que decidí salir a la calle. Siempre me ha gustado pensar mientras como, o comer mientras pienso, y como el *ragù* me había abierto el apetito y tenía mucho en qué pensar, puse rumbo al Luise, en la vía Toledo, uno de los templos gastronómicos de Nápoles, donde se podían degustar pizzas fritas, manzanas rebozadas y deliciosos *babás*, los bizcochos borrachos de Nápoles. Después de una pizza frita y cuatro *babás*, llegué a la conclusión de que el móvil del crimen de la casa de Obellio Firmo había sido el robo, tal y como había sugerido Popea. No había que darle más vueltas. Incluso imaginé lo que podía haber ocurrido. El emisario de Domiciano entró a Pompeya por la puerta de Nola, justo cuando comenzaba la erupción del Vesubio. Viendo que la situación empeoraba por momentos, se refugió en la villa de Obellio Firmo, en la que se encontró

con el gladiador, que había huido del cuartel aprovechando la situación de caos y buscaba una casa deshabitada para robar. Probablemente, durante un buen rato, los dos hombres debatieron sobre cómo salir de Pompeya sanos y salvos. Luego, el gladiador se percató de que la persona que tenía enfrente era alguien influyente y que constituía un botín en sí misma. El Vesubio hizo el resto. El problema que me planteaba el hecho de haber resuelto el último crimen de Pompeya era que volvía a quedarme sin argumentos frente a la señora Allegro, por lo que decidí fingir que la investigación era más complicada de lo que parecía a primera vista. Tendría que inventarme algo para dejar el caso en suspenso.

4 ¡Cornudos!

5 ¡Escandaloso!

6 Portero

7 Camorrista.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

14

¡AVE CÉSAR, LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN!

De regreso a la pensión, me encontré en el recibidor con la señora Pandolfo, la cocinera del Albergo Margarita. La señora Pandolfo era ese espíritu errante que suele haber en toda casa de huéspedes. Su presencia apenas era perceptible por tratarse de una mujer enteca de piel blanca, casi transparente. Su mundo se circunscribía al suelo, que escudriñaba sin levantar jamás la cabeza o la vista. La única forma que había de verle el rostro era observando el suelo de linóleo, donde su figura rielaba como un trozo de luna menguante. Mujer parca en palabras, de vez en cuando barritaba, como un elefante, una suerte de estornudo que ponía de manifiesto sus estados de ánimo.

—*Buongiorno*, signora⁸ —saludé a la señora Pandolfo.

—*Iettatore! Seppellitore! Becchino!*⁹—*exclamó* apartándose de mí, al tiempo que agarraba el cuerno contra el mal de ojo que llevaba colgado del cuello.

—A mí también me ha dado mucho gusto verla —respondí a sus imprecaciones. Luego, me dirigí al mostrador de la recepción para solicitar la llave de mi habitación. El señor Magro Moro dormía la siesta con un ojo abierto y otro cerrado, según su costumbre. Aunque lo cierto era que su ojo abierto era tan impenetrable como el cerrado.

—La señora Allegro me ha dicho que le comunique que tendrá que abonar la comida, ya que no ha avisado de que iba a ausentarse. Ya conoce las normas de la casa —me comunicó el señor Magro Moro desde su colchón.

Las normas del Albergo Margarita eran tan cambiantes como la corriente marina, y estaban sujetas al humor de la propietaria.

—¿Puedo coger la llave? —le pregunté, dado el proverbial recelo del señor Magro Moro a que nadie metiera la mano en sus dominios.

—Sírvase usted mismo —me autorizó.

Tras comprobar que no había luz ni agua en la habitación, acerqué una silla a la ventana y me dispuse a dotar de personalidad al asesino de la villa de Marco Obellio Firmo, para lo cual recurrí a un libro que narraba la vida de los gladiadores en la antigua Roma. La primera referencia escrita que se tenía sobre la existencia de los juegos de gladiadores databa del año 264 a. C., durante los funerales de un tal Brutus Perea, ocasión en la que lucharon tres parejas de gladiadores en el Foro Boario¹⁰.

Poco a poco, el negocio de los combates fue creciendo, hasta quedar en manos de los propietarios, los editores y los lanistas. Los primeros eran romanos ricos que compraban tropas de gladiadores. Los segundos eran los promotores o empresarios de los espectáculos en el anfiteatro. Los terceros eran los maestros de los gladiadores, a los que adiestraban para que se convirtieran en fieros combatientes. Los lanistas eran conocidos también como «mercaderes de carne humana», ya que la forma verbal *lanio* significaba «cortar en pedazos o ejercer el oficio de carnicero». Los gladiadores se veían sometidos a castigos corporales de extrema dureza. Eran alimentados con gachas, alubias y cebada, y de postre tomaban unas cuantas cucharadas de ceniza para fortalecer el cuerpo. Al término de cada entrenamiento, estaban obligados a beber una infusión de

8 Buenos días, señora.

9 ¡Gafe! ¡Enterrador! ¡Sepulturero!

10 Mercado de ganado.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

15

lejía, pues se creía que esta sustancia era beneficiosa para la salud de los combatientes. Dormían en jergones de madera, y cuando no entrenaban o combatían permanecían encadenados, vigilados estrechamente por una numerosa guardia. Si intentaban huir recibían un centenar de latigazos y eran marcados a fuego en la frente con las letras FHE (*Fugitivus Hic Est*), y las iniciales de su amo, por ejemplo, AS (Aulio Suetio), es decir, «Este hombre es el esclavo fugitivo de Aulio Suetio». Las celdas eran tan pequeñas que sólo podían estar tumbados o sentados. Además, no se les permitía portar ningún arma de combate y entrenaban con espadas de madera sin filo. Si a la hora de la verdad el gladiador se mostraba cobarde en la arena del anfiteatro, un esclavo, a las órdenes del entrenador, se encargaba de empujarle con un atizador de hierro al rojo vivo. Muchos preferían suicidarse arrojándose bajo las ruedas de un carro antes que llevar esta clase de vida. Una vez en la escuela, eran destinados a un arma y confiados a la custodia de un antiguo profesional en calidad de instructor. Los primeros ejercicios consistían en combatir con un florete de madera contra un muñeco de paja. Cuando el futuro gladiador adquiría más destreza, entrenaba con un arma más pesada que la que iba a llevar en combate, con el fin de que a la hora de la verdad estuviera sobrado de fuerzas.

Como premio a la victoria, el gladiador recibía una palma y un donativo económico que el organizador del espectáculo le daba en el anfiteatro, delante de todo el mundo. Éste extendía la mano izquierda e iba contando en voz alta las piezas de oro que entregaba al vencedor. Quienes alcanzaban la manumisión combatiendo en el anfiteatro, recibían como símbolos de emancipación una espada de madera, llamada *rudis*, y un gorro, *pilleus*. Los gladiadores famosos eran cantados por los poetas y retratados por los pintores en vasijas, anillos y paredes. Además, era el gremio más admirado por el público femenino. El ansia de fama y de riquezas llevó a numerosos aristócratas a ejercitarse como gladiadores en las escuelas de los lanistas.

Muchos hijos de familias nobles acudían a estos recintos para aprender a manejar la espada o incluso para alistarse. Eran conocidos como *auctorati*¹², hombres libres que firmaban un contrato con un lanista. Reconocían al lanista el derecho a golpearles, encadenarles, marcarles con un hierro al rojo vivo o, incluso, matarles y, a cambio, cobraban elevadas sumas de dinero. Estos *auctorati* no podían realizar ningún otro trabajo para el lanista, salvo pelear en el anfiteatro, y no perdían su condición de hombres libres. Socialmente, sin embargo, veían mermado su prestigio hasta el punto de que tenían prohibido hablar en asambleas públicas, pues se pensaba que, al estar abocados a una muerte casi segura, sus juicios carecían de sensatez.

Cuando cerré el libro, empecé a considerar seriamente la posibilidad de que el gladiador de la casa de Marco Obellio Firmo no fuera tal, sino uno de jóvenes aristócratas que frecuentaban la escuela de gladiadores para adquirir destreza en el manejo de la espada. Eso explicaría el hecho de que sus tobillos no presentaran marcas de grilletes, y que portara una daga real en lugar de una espada de madera. En conclusión, el joven no había huido del cuartel de gladiadores, simplemente porque no era uno de ellos. Hecho este descubrimiento surgieron en mi cabeza un sinnúmero de preguntas. La primera de todas tenía que ver con la identidad del asesino. ¿Se trataba de un miembro de uno de los clubes donde se adiestraban los jóvenes de la aristocracia pompeyana? De ser así, resultaba extraño que un joven de buena posición decidiera asesinar al emisario del hermano del emperador, en vez de tratar de salvar la vida de sus familiares o la suya propia. ¿Acaso era el esclavo o el guardaespaldas del emisario de Domiciano? Quizá decidió apropiarse del dinero de su amo aprovechando el caos general. Tuve que aceptar con resignación que todas las hipótesis eran plausibles, que la investigación que yo había dado por terminada se enredaba más y más con cada nueva pregunta. Era como echar la red al mar y recogerla llena de peces idénticos rebullendo en todas direcciones.

11 Este es un fugitivo.

12 Del verbo *auctoro*, «Vincularse con un contrato, obligarse por un salario, arrendar sus servicios como gladiador».

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

16

OceanofPDF.com

LA CENA DE LOS IDIOTAS

No tuve que enfrentarme a la señora Margarita hasta la hora de la cena. El hule del mantel brillaba bajo la luz encantada de una lámpara con bombillas de bajo consumo. Sobre la mesa estaban dispuestos los platos de los comensales que componíamos la plantilla de huéspedes, incluida la señora Allegro. Mi plato había vuelto a su lugar, lo que me hizo concebir la esperanza de que mi conversación con don Beppe había dado sus frutos. Uno a uno, los cinco pensionistas fuimos ocupando nuestros sitios, tras lo cual la señora hizo sonar la campanilla. En los segundos que transcurrían entre el tañido y la aparición de la señora Pandolfo empujando el carrito de la comida, doña Margarita formulaba la misma pregunta:

—¿Qué les apetece cenar hoy?

Y Goso *la Hiena*, invariablemente, respondía: —Marisco.

—Pues hay sopa de primero, y tortilla de vigilia de segundo.

La tortilla de vigilia o *fritatta di scàmarro* no era más que una tortilla rellena de espaguetis, condimentada con anchoas, alcaparras y aceitunas negras. Claro que para doña Margarita la vigilia comenzaba el 1 de enero y terminaba el 31 de diciembre.

—También me vale —replicó Goso.

Goso *la Hiena* era el pensionista más veterano de la casa y, por consiguiente, el más condescendiente con la dirección. Joven de origen etíope, llevaba dos años y medio residiendo en el albergue bajo la excusa de estar realizando un estudio sobre los vínculos emocionales entre Italia y su país. Teniendo en cuenta que las emociones no suelen ser mensurables, la investigación de Goso *la Hiena* se había prolongado en el tiempo *ad infinitum*. Tanto que estaba a punto de conseguir los papeles de residencia, que era lo que en realidad perseguía. A pesar de ser un joven dotado de una gran inteligencia, vivía dominado por la desgana, que lo había convertido en un delincuente de poca monta, aunque con poderes subyugantes, ya que poseía la labia de un feriante. Él mismo reconocía que era capaz de sacar agua de un pozo aparentemente seco. El único trabajo que se tomaba en serio era el de acicalarse. Todas las mañanas dedicaba media hora a alisarse el cabello crespo con un cepillo de púas. Con todo, lo más importante para

Goso era su sonrisa hiposa, parecida a la de una hiena, gracias a la cual conseguía ganarse la confianza ajena.

—Hoy hemos comido espaguetis —se quejó Hortense, una francesa con nombre de flor y comportamiento de planta venenosa.

La señora Allegro transformó la arrogancia natural de sus facciones en desdén y, luego, dijo:

—¿Y qué quería que hiciese con las sobras, tirarlas? ¿Acaso no está al corriente de la cantidad de gente que muere de hambre en el mundo? Pregúntele a Goso, él se lo dirá. Siempre que doña Margarita necesitaba ayuda recurría a Goso *la Hiena*, que no dudaba en salir en defensa de la propietaria a cambio, probablemente, de un succulento descuento en la factura semanal.

—Cada segundo mueren 10 niños de hambre, lo que supone que en el mundo fallecen 600

criaturitas a la hora, 14 400 al día, 432 000 en los meses de 30 días, 446 400 en los meses de 31

días, y 5 256 000 al año —expuso el etíope.

La contundencia de los datos ofrecidos por Goso *la Hiena* permitió a la señora Allegro cerrar el capítulo de protestas con su famosa coletilla.

—*Allegro ma non troppo*, señorita Hortense.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

17

Es decir, generosa a la hora de confeccionar los menús, pero no tanto como para derrochar. Después de que las aguas volvieran a su cauce, doña Margarita tomó de nuevo las riendas de la conversación. Esta vez fui yo el objeto de su interés.

—¿Cómo va su investigación? —me preguntó como si, en efecto, estuviera familiarizada con mi caso.

—Marcha bien, aunque los progresos son lentos —dejé caer.

—Ya lo dijo el sabio Salomón, un tonto puede arrojar con facilidad una piedra dentro de un pozo, pero luego 100 eruditos no pueden sacarla —observó doña Margarita, cuyo espíritu se alimentaba de frases enlatadas.

—Sin duda, para sabio, Salomón, y para salmón, el noruego —ironizó Pepito Revenga, un español de Santander que disfrutaba de una beca para estudiar la figura de Carlos III de España en su condición de rey de Nápoles.

—Haga el favor de exponernos el intríngulis —añadió la casera.

—Se trata de un crimen cometido el 24 de agosto del año 79, coincidiendo con la erupción del Vesubio. Un gladiador o gimnasta asesinó a un emisario de Domiciano, el hermano pequeño del emperador Tito.

—No entiendo por qué tiene que haber ladrones y criminales cuando la ley prohíbe el robo y el crimen, ¿no les parece? —dejó caer doña Margarita.

—¿Y qué hay del móvil? —se interesó Goso *la Hiena*.

—Creo que fue el robo. Exactamente, 850 áureos acuñados durante el imperio de Tito.

—¿Eso es mucho dinero? —intervino Ruxandra, una joven rumana que estudiaba la vida del emperador Trajano antes de que éste romanizara la Dacia, es decir, la actual Rumanía.

—Una pequeña fortuna incluso para la época —reconocí.

—¿Y qué hacía el emisario de Domiciano con tanta pasta encima? —preguntó Revenga.

—No estoy seguro. Pompeya era una ciudad de recreo, así que es probable que el dinero estuviera destinado a la adquisición de una villa.

—El gladiador aprovechó los fuegos artificiales del Vesubio para darle un palo al emisario de Domiciano —resumió Goso *la Hiena*.

—Más o menos. Aunque hay algo que no cuadra —observé.

—¿El qué?

—Los gladiadores no tenían acceso a las armas de verdad, entrenaban con espadas de madera, de modo que no entiendo qué hacía con una daga.

—Tal vez la robó aprovechando la confusión general —sugirió Pepito Revenga.

—Cabe la posibilidad de que el asesino no fuera un gladiador, sino un joven de la aristocracia local —observé.

—Los crímenes con misterio son como la tenia: mientras más comes, más hambre sientes y más engorda el parásito. Si necesita ayuda, no dude en pedírmela. Piero, el hijo de la señora Tomassini, es carabinero y tiene más olfato que un sabueso —intervino ahora doña Margarita.

—La cuestión es que a la policía no le interesa un crimen cometido hace 2 000 años. Tendré que arreglármelas solo —reconocí.

—Por eso los napolitanos inventamos la venganza. Para nosotros la ley no sólo tiene que tener espíritu, también tiene que tener una cara, aunque sea tan fea como la de la venganza —observó la propietaria.

—La venganza es un plato que se sirve frío, como la sopa de esta casa —añadió Hortense.

—Hortense, es usted una deslenguada —se defendió la propietaria.

—No me hable de lenguados, que se me abre el apetito —bromeó de nuevo la francesita.

—Doña Margarita, haga el favor de pasarme el salero —solicitó Pepito Revenga.

—La sal retiene los líquidos —le advirtió la propietaria.

—Y usted retiene la sal —replicó el santanderino.

—Porque su consumo es malo para la tensión arterial —se defendió la señora Allegro.

—Y para su bolsillo —apostilló Pepito Revenga.

—¡Por la licuefacción de la sangre de san Genaro, déjenme oír lo que Peralta tiene que *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

18

contarnos! Prosiga, Peralta, prosiga —logró imponerse la propietaria.

—Decía que las cosas no están claras. Tendré que seguir investigando durante los próximos días.

—Habla usted como un policía con placa —señaló doña Margarita sin ocultar su satisfacción. Y tras inspirar profundamente una bocanada de aire en señal de alivio, añadió:

—No sabe el peso que me quita de encima, Peralta. No quiero que vuelva a caminar al lado de la parca, al menos mientras viva en esta casa. Prométalo.

Estuve a punto de decirle que lo que me pedía era imposible de cumplir, no porque a mí me gustase caminar al lado de la parca, sino porque era la muerte la que se empeñaba en caminar a nuestro lado.

—Lo prometo.

Antes de dar por finalizada la cena, la propietaria sacó a relucir el delicado asunto del agua.

—Les recuerdo que está prohibido ducharse más de una vez al día.

—Yo diría que simplemente está prohibido ducharse —matizó Pepito Revenga.

—¿Les he contado lo que me ocurrió con un huésped que se duchaba demasiado? —se descolgó

doña Margarita.

—Unas 15 veces —observó Goso *la Hiena*.

—Pues no está de más que oigan la historia otra vez. Resulta que, en una ocasión, tuve a un huésped que se duchaba dos y hasta tres veces al día, así que una mañana me arrimé a la puerta del baño y le dije: «¿Sabe don Pez que menganito de tal y zutanito de cual han muerto de sed en Etiopía?». A lo que me respondió: «¿Y a mí qué me importa de qué se mueran en Etiopía?». «Pues debería importarle. El agua es el oro de los sedientos», le reproché. Pero el puñetero erre que erre,

«El oro es oro y el agua se va por el sumidero», me dijo, así que no me quedó más remedio que desgraciar la alcachofa de la ducha llenándola de alfileres. Dos días más tarde se marchó bufando. Y es lo que yo digo, ¿cómo se puede una fiar de un hombre que no es capaz de soportar su propio olor? Para mí, el que mucho se lava por fuera es porque se siente sucio por dentro. Ustedes ya me entienden.

No, no la entendíamos, pero daba lo mismo.

—¿Puedo entonces quedarme? —le pregunté a la casera buscando su complicidad.

—Hasta que lo nombren mariscal. Peralta, hasta que lo nombren mariscal. Nada me complace más que tener a un policía en casa. Me hace sentir segura.

—En ese caso, me gustaría que retirara el cuerno contra el mal de ojo de mi puerta. No quiero que nada perturbe mi pensamiento. También necesitaré una bombilla de 100 watios para leer por la noche —aproveché para pedir.

Dejé a la señora Margarita hablando con la señora Pandolfo que, en cuanto escuchó mi nombre, cruzó los dedos y se aferró al amuleto que la protegía contra mí.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

19

NADA ENGORDA MÁS QUE UN BESO

La primera vez que hablé con don Beppe me dijo que el napolitano «Es un animal de baño y no de ducha», lo que significaba que las prisas no tenían cabida en Nápoles, salvo a la hora de conducir. Esta filosofía de vida había hecho de las cafeterías la segunda residencia de los napolitanos. La hora del café no tenía límite, comenzaba cuando despuntaba el alba y terminaba cuando cerraba el local. El rito estaba tan arraigado entre la

población que nadie rechazaba una invitación para tomar café. Así que, después de los últimos descubrimientos, llamé a Popea y me cité con ella en el Luise. Apareció justo cuando el camarero había depositado mi tercer *babà* sobre el velador.

—Disculpa el retraso, pero no encontraba aparcamiento. Primero intenté meter el coche en un hueco demasiado pequeño, pero al comprobar que a cada maniobra el capó del vehículo que tenía detrás se iba pareciendo más y más a un acordeón, tuve que buscar otro sitio. No me costó imaginar a Popea profiriendo una *jastemma* mientras trataba de fabricar un espacio donde no lo había, y a la víctima codificando frases rituales para contrarrestarla tras comprobar el estado de su vehículo.

—¿Cómo tomas el café? —le pregunté con el propósito de trasladar sus instrucciones al camarero.

—Con la taza caliente. También me gusta que me sirvan el azúcar antes que la bebida. En Nápoles había tantas formas de tomar el café como napolitanos. Unos bebían un vaso de agua antes del café, para saborearlo mejor; otros lo hacían después del café, siguiendo el ejemplo de la escuela siciliana de Palermo; los había que vertían primero el líquido y luego añadían el azúcar, o los que hacían exactamente lo contrario, de modo que a una espuma de azúcar añadían gotas contadas de café. Pero en la mayoría de los casos, el resultado era una especie de jarabe denso y aromático en el que uno podía clavar la cucharilla.

—¿No te apetece un bizcocho borracho? Están deliciosos —le sugerí. Los *babàs* del Luise son los bizcochos borrachos más borrachos de Nápoles. No pertenezco a Alcohólicos Anónimos, así que a un *babà* sólo le pido que esté rico. Y los de aquí están para chuparse los dedos, te lo aseguro.

—Está bien, tomaré uno —aceptó.

Popea se tomó el café y engulló el *babá* con una rapidez inusitada, como si no hubiera probado bocado en la última semana.

—Yo pensaba que todos los napolitanos os bañabais —dije empleando la metáfora de don Beppe.

—¿A qué viene ese comentario? ¿Acaso huelo mal? —replicó sin ocultar cierto disgusto.

—Me he expresado mal. El portero de la finca en la que vivo me dijo una vez que el napolitano es un animal de baño y no de ducha. Quería señalar que comes y bebes demasiado deprisa para ser napolitana.

—Es cierto, a los napolitanos no nos gustan las prisas, pero, al mismo tiempo, carecemos de paciencia, una mezcla explosiva. Antes, cuando entrabas en un café como éste la gente conversaba. Ahora discute.

Eché un vistazo a los parroquianos de las mesas vecinas, y todos parecían disfrutar de la compañía de sus parejas.

—Nadie discute —dije.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

20

—Porque ya nadie habla.

—Nosotros lo estamos haciendo —observé.

—Sólo a medias. Para que dos personas puedan llegar a conversar, lo que se dice conversar, primero tienen que conocerse a fondo.

—El camino para conocer bien a una persona sigue siendo la palabra, el diálogo —me reafirmé.

—Estoy completamente de acuerdo, pero no se puede entablar un principio de diálogo si no se conocen las reglas del juego.

—¿Y cuáles son esas reglas?

—Ya te lo he dicho, soy extremadamente impaciente, así que exijo que los demás sean pacientes conmigo.

—Entiendo.

—No, no creo que lo entiendas. Nadie es paciente con la impaciencia ajena.

—Creo que tienes razón, estoy empezando a perder la paciencia —bromeé. Nunca se me había dado bien la arqueología de los sentimientos, pero del discurso de Popea se desprendía que, en efecto, había cambiado la vida tranquila por las prisas, el baño por la ducha.

—¿Te apetece otro *baba*? —ofrecí como medio de reconducir la conversación.

—No, gracias. En una ocasión me zampé 4 y agarré una melopea de campeonato. Estaba claro que Popea era una caja de sorpresas.

—No creo que nadie pueda emborracharse por comerse 4 bizcochos borrachos, por muy borrachos que estén —dije.

—Yo, sí. Después del tercero comencé a besar a desconocidos... en los labios.

—¿Estás segura de que el problema está en los bizcochos borrachos?

—¿Qué insinúas?

—Que tal vez el problema esté en ti. Admitiendo que uno pueda emborracharse por comer 4

bizcochos borrachos, hay muchas cosas susceptibles de ser besadas antes que los labios de un extraño.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas inocentes.

—No suelo ir repartiendo besos por ahí, pero ya que lo hago prefiero besar a un desconocido antes que a una farola.

—Creo que voy a pedirte otro *babá* —me descolgué, sin poder refrenar una pícara sonrisa. Sabía que en cuanto te contara mi problema con los bizcochos, tratarías de convencerme para que me comiera cinco o seis.

—Llevas uno, así que me conformo con tres más.

—Lo siento, pero estoy a dieta.

—Los besos no engordan.

Todos los hombres decís lo mismo.

—Lo que no significa que todos los hombres seamos iguales —maticé.

—Sí lo sois. Cuando se trata de un beso, todos os volvéis impacientes.

—Creía que la impaciencia era cosa tuya.

—Soy muy impaciente para unas cosas y muy paciente para otras.

Pensé que tal vez la solución pasaba por seguir comiendo bizcochos borrachos, con la esperanza de que me hicieran perder la cabeza y la paciencia, y me dieran el valor necesario para besar a Popea.

—Ahora, dime por qué me silbaste por teléfono —añadió, dando por concluido el capítulo de los besos.

Ya había olvidado que cuando la llamé para quedar lo había hecho siguiendo sus instrucciones al pie de la letra.

—Porque me escribiste en un papel que silbara cuando necesitara tu ayuda.

—También se lo dijo Lauren Bacall a Humphrey Bogart en un clásico del cine de los años cincuenta, pero, que yo sepa, Bogart comprendió a la primera que se trataba de una metáfora.

—Yo también entendí a la primera que se trataba de una metáfora, aunque para ser del todo *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

21

franco, no me resultó fácil recuperar el habla después de montarme contigo en coche. Y luego, tras una pausa, añadí:

—He descubierto que nuestro asesino no era un gladiador, sino un joven gimnasta.

—Domiciano fue uno de los mayores asesinos de su época, así que no deberías darle importancia al hecho de que un emisario suyo fuera víctima de un crimen. Todo el mundo quería jugársela.

—¿Qué quieres decir?

—Que Domiciano era conocido como el *Nerón Calvo*, y que se comportó como Caín con su hermano, al que quiso derrocar tras la muerte de su padre. Además, siempre dijimos que el asesino de la villa de Marco Obellio Firmo era un gladiador o un gimnasta, ¿qué más da que fuera una cosa u otra? Vestía un taparrabos y portaba un puñal.

—Importa más de lo que parece a simple vista.

—Explícate —me conminó.

—Verás, el joven no tiene señales en pies y manos, cuando un gladiador pasaba más de 10 horas al día encadenado. Además, los gladiadores no tenían a su alcance armas reales. Entrenaban con espadas de madera, y las armas de verdad permanecían en armeros estrechamente vigilados.

—¿Y si el tipo robó la daga después de huir del cuartel de gladiadores? —planteó.

—¿Y si se trataba de un joven perteneciente a uno de los clubes donde entrenaban los hijos de la aristocracia pompeyana? —respondí a la sugerencia de Popea con otra pregunta.

—Bien, ¿y qué?

—Tú misma dijiste que los gladiadores no tenían apego a la vida, pero la cosa cambia si nuestro asesino es un joven con la vida por delante. Piénsalo, ¿qué sentido tiene para un joven de buena posición tratar de robar al emisario del hermano del César, más aún cuando su propia vida corre peligro? ¿Por qué se quedó allí, pegado a su víctima?

—Supongo que si el Vesubio entrara ahora mismo en erupción las cosas dejarían de tener sentido.

—¿Hasta el punto de cometer un crimen? ¿Hasta el extremo de quedarte pegado a tu víctima, aun a costa de tu propia vida? No. Creo que detrás del último crimen de Pompeya hay algo más que un robo.

Donde hubo un intento de robo fue en la calle. Acabábamos de salir del Luise cuando oí que una moto se acercaba a toda velocidad por detrás de nosotros. Instintivamente volví la cabeza, al tiempo que apartaba a Popea de la trayectoria del vehículo. Entonces, con la atención puesta en los dos

ocupantes de la motocicleta, que contrariamente a la costumbre napolitana llevaban la cabeza cubierta con sendos cascos integrales, comprendí lo que estaba a punto de ocurrir. Se trataba de un *lo scippo*, de un tirón, del que Popea iba a ser víctima. Todo sucedió muy rápido, pero al tiempo que el individuo que viajaba de paquete agarraba la mochila de Popea de un asa, yo me aferré a la otra y comencé a tirar en sentido contrario a la marcha. Por último, dejé caer todo mi peso, hasta que, por fin, el ladrón con el que mantenía el forcejeo soltó la presa, y yo rodé por el suelo como un extra de cine.

Cuando me detuve, la brisa de la bahía me trajo la voz de Popea, que me preguntaba desde lejos si me encontraba bien.

—Creo que no me he roto nada —dije.

En realidad, mi cuerpo había sufrido las típicas quemaduras que produce el roce con el asfalto, y a pesar de que empezaba a notar cierto escozor en los miembros y en la espalda, no se trataba de nada grave.

—Casualmente me he dejado la cartera y el monedero en casa, así que lo único que contiene la mochila es un botellín de agua, mi aerosol contra violadores y unos pañuelitos de papel. La confesión de Popea hizo que las magulladuras de mi cuerpo se extendieran por mi alma.

—Si me lo hubieras dicho, me habría ahorrado el numerito del héroe —le reproché.

—Tenía ganas de tener un héroe, así que he preferido dejarte actuar. Has estado espléndido. Primero parecía que estabas haciendo esquí sobre asfalto, y luego, cuando has rodado como una peonza, parecías un personaje de *Matrix* —añadió.

—Los personajes de *Matrix* caen sobre un colchón —le hice ver. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

22

—Y tú me caes mejor ahora que antes.

Ella tenía ganas de tener un héroe y yo tenía ganas de que me besara, de forma que cuando menos lo esperaba, me dejé caer al suelo fingiendo que me estaba asfixiando.

—¡Chema! ¿Qué te ocurre?

—¡Soy asmático! ¡Aire...! ¡Me falta aire! —exclamé.

Y como viera que Popea no sabía qué hacer ante aquella situación, señalé mi boca con uno de mis dedos, al tiempo que volvía a exclamar:

—¡Aire...! ¡Necesito aire!

La aparición de una gorda de 120 kilos en las proximidades del escenario en el que yo representaba mi papel me hizo temer que, bajo el pretexto de ser médico o enfermera, se ofreciera voluntaria para hacerme el boca a boca, pero tal vez viendo que tenía que movilizar toda su corpulencia en sentido descendente, y que yo no era más que un chiquilicuatro de poca monta, se conformó con aleccionar a Popea:

—¡Hazle el boca a boca, *ragazza*! ¡Rápido, que se nos ahoga!

Popea pegó por fin sus labios a los míos, y yo me quedé de verdad sin respiración. Entonces comencé a sentir cómo su cálido aliento me devolvía de nuevo a la vida. No me habría importado que el mundo se hubiera acabado en ese momento.

Con el regusto del beso impreso en el recuerdo seguí inconscientemente a Popea hasta una farmacia, en la que pidió un inhalador para asmáticos. Viéndome en la tesitura de tener que medicarme sin estar enfermo, pensé confesarle la verdad, pero estaba tan alterada y sus ojos reflejaban tanta preocupación que no me quedó más remedio que llevar mi interpretación hasta sus últimas consecuencias. Inhalé varias dosis de aquella pócima y comencé a experimentar la sensación de que mis pulmones se ensanchaban, y que pronto la camisa que llevaba puesta estallaría en mil pedazos. Acabado el episodio, tenía la impresión de haber metido un extintor en mi boca con el que había logrado apagar el fuego que me quemaba por dentro. Un incendio parecido a la pasión. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

23

EL INFORMANTE

Cuando llegué al portal de la pensión, aún seguía hipnotizado por lo ocurrido. Mi alma y mi autoestima habían engordado varios kilos, y el único ruido que era capaz de reconocer era el latido de mi corazón, que cabalgaba desbocado dentro de mi pecho.

— *Vieni qui, ragazzo*¹³ —dijo una voz que me resultó vagamente familiar.

¿Se trataba del canto de una sirena que pretendía engatusarme cual Ulises? ¿Era Popea suplicándome telepáticamente otro beso? No, era don Beppe reclamando mi presencia en su garita.

—¿Qué desea? —dije volviendo a la realidad.

Don Beppe se limpió los dedos en el trapo que colgaba de su hombro, y agitó la cuchara de madera en el aire como si se tratara de una batuta con la que dirigir una orquesta.

—Información, por supuesto.

—¿Información? —le pregunté sin salir de mi atolondramiento.

—El ascensor me permite completar mi sueldo, el *ragù* me proporciona un sobresueldo, pero lo que de verdad tiene valor es la información. La información es el alma de las cosas, y como muchas veces las cosas son dueñas de las personas y no al revés, si posees información entonces eres dueño de todo. ¿Crees que duermo la siesta en la terraza por amor al clima de Nápoles? No. Lo hago porque allí se encuentran las chimeneas, y dentro de ellas los secretos de todos. *Capito*¹⁴?

Mi cabeza empezaba a bullir como el *ragù* que hervía en la marmita.

—Non *capisco*¹⁵. ¿Adónde quiere ir a parar? —admití.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Acaso te has dado un golpe en la cabeza? Quiero que me hables del crimen en el que andas enredado. La señora Allegro me ha contado que la víctima llevaba encima 850 monedas de oro con la jeta de no sé qué panoli.

Estaba claro que las chimeneas no eran los únicos conductos que transmitían la información en aquella casa.

—La efigie del emperador Tito —puntualicé.

—Bien, ¿y dónde has guardado las monedas de ese tal Tito?

—¿Cómo que dónde las he guardado?

—Las monedas son una prueba del caso, ¿no? Así que las habrás depositado en alguna parte.

—Naturalmente, fueron depositadas en el Museo Nacional de Nápoles.

—¿El de la piazza Cavour?

—El mismo.

La mano simiesca de don Beppe saltó del trazo al pelo grisiento.

—¿Están dentro de una caja fuerte o de una urna de cristal? —prosiguió el interrogatorio. No sabía si la experiencia que acababa de vivir me había afectado hasta el punto de convertirme en una persona suspicaz y desconfiada, pero de las palabras de don Beppe se desprendía que estaba barruntando la posibilidad de dar un golpe.

—No lo sé, pero el museo cuenta con los medios más modernos para evitar los robos —le dije con el propósito de disuadirlo.

—¿Acaso alguien ha inventado una alarma contra el soborno? Pues mientras no exista esa clase de aparato, las alarmas contra robos no servirán de nada. Un incendio sólo se puede apagar cuando

13 Ven aquí, muchacho.

14 ¿Entiendes?

15 No comprendo.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

24

se ha iniciado, y un robo sólo se puede atajar cuando se está cometiendo. Lo demás no son más que medidas disuasorias que sólo desaniman a quienes no tienen intención de robar —sentenció don Beppe.

—¿No pretenderá robar las monedas de la villa de Marco Obellio Firmo?

—¿Cometer yo un robo? Soy el presidente de la Commissione per la Protezione del Ragù del Guardiaporta¹⁶, ¿cómo se me iba a ocurrir semejante cosa? ¿Y mi reputación? ¿Qué sería de mis clientes, tan fieles a mi ragù como lo es un hijo a su *mamma*?

—¿Entonces por qué se empeña en sonsacarme?

—Ya te lo he dicho, para disponer de esa información, *ragazzo*. Sólo por ese motivo. Imagina que mañana quieres comprar un televisor de segunda mano, con pinta de ser nuevo, pero con precio de tercera mano, entonces vienes a mí y yo te doy el nombre de la persona que posee el televisor que estás buscando. Ahora supón que una pareja de *guappi*¹⁷ estuviera interesada en dar un golpe a lo grande, pero no saben qué robar. Pues bien, yo podría pasarles información sobre las monedas de las que estamos hablando. *Capito*?

Ahora sí que lo había entendido perfectamente. Don Beppe era una especie de intermediario entre el consumidor y el hampa, además de asesor de delincuentes, una especie de *consigliere*¹⁸ de los bajos fondos, que utilizaba su oficio de portero y presidente de la Comisión para la Defensa del Ragù de los Porteros como tapadera.

— *Capisco*. Y ese televisor de segunda mano con aspecto de nuevo y precio de tercera mano,

¿tendría garantía? —pregunté para ponerle a prueba.

—Somos hombres de palabra, ¿o no? El ladrón es, en última instancia, el máximo responsable de lo que roba. Y luego estoy yo para arbitrar entre el ladrón y el comprador.

—Siempre había oído hablar del singular código ético de los delincuentes napolitanos, pero nunca pude imaginar que don Beppe tuviera un papel tan destacado entre ellos.

—Que yo sepa, las monedas van a ser depositadas en una urna de cristal, donde podrán ser contempladas por todos los visitantes del museo —dije a continuación. A pesar de que la información que acababa de suministrarle estaba al alcance de cualquiera, don Beppe se empeñó en recompensarme:

—¿Quieres subir gratis en el ascensor? —me ofreció el hombre.

—Le estaría muy agradecido.

—Toma esta ficha.

En el viaje en ascensor me acompañó un sahumero que no me dejó *k.o.* de milagro. Don Beppe no era el único que cocinaba en aquella casa, aunque por la dudosa calidad de los olores el resto lo hacía con desigual fortuna.

En el rellano aguardaba la señora Pandolfo, que reculó al verme como si se acabara de encontrar con el mismísimo diablo. Tras aferrarse de nuevo al cuerno contra el mal de ojo que colgaba de su cuello, y con la espalda pegada a la pared, volvió a exclamar:

—*Iettatore! Seppellitore! Becchino!* ¡A mí no me engañas!

Era la primera vez que oía a la señora Pandolfo pronunciar más de cinco palabras seguidas, y el mérito era todo mío.

16 Comisión para la Defensa del *Ragù* de los Porteros.

17 Plural de *guappo*. Camorristas.

18 Consejero.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

25

OceanofPDF.com

EL CLUB DE LA LUCHA

La conversación con don Beppe me hizo recordar esa frase del filósofo Platón que dice que el oro y la virtud son como dos pesos puestos en los platillos de una balanza, de modo que uno no puede subir sin que el otro baje. Si admitía como cierto el razonamiento del filósofo griego, daba como resultado que si el joven de la villa de Marco Obellio Firmo no había cometido su crimen por avaricia, probablemente lo había hecho pensando que cometía una acción virtuosa. Claro que eso suponía admitir que virtud y crimen podían emparentarse. El ejemplo que me vino a la cabeza fue el de esos jóvenes integristas que se inmolan con una bomba adosada al cuerpo convencidos de que se trata de un sacrificio necesario. ¿Acaso el joven de la villa de Marco Obellio Firmo era eso, una especie de integrista? Y siendo así, ¿en nombre de qué causa actuaba?

Como estaba seguro de que el asesino de la villa de Obellio Firmo pertenecía a un club de jóvenes, centré todo mi esfuerzo en averiguar algo al respecto. Retomé de nuevo mis manuales. Al parecer, en todo el Imperio Romano, y Pompeya no era una excepción, abundaban los llamados colegios de jóvenes. Dado que la preparación física era tan importante como la intelectual, se trataba de instituciones en las que los jóvenes podían entrenarse en la carrera, el salto y el pancrancio, combate que combinaba la lucha libre y el boxeo. Pronto estos colegios se convirtieron en clubes aristocráticos que agrupaban a los hijos de las clases más pudientes, y fueron adquiriendo un carácter claramente paramilitar. Como tales, no estaban jurídicamente reconocidos o reglamentados, pero sí tolerados. En realidad, eran una fuerza de intervención formada por jóvenes que idolatraban al emperador, y que estaban siempre dispuestos a dar prueba de su lealtad. Incluso había quienes defendían que detrás de esos colegios se escondía una forma encubierta de servicio militar, que ponía de manifiesto el hecho de que la organización de las ciudades romanas siguiera el modelo creado para el ejército. Los jóvenes pertenecientes a esos clubes jugaban un papel relevante en la transmisión del correo oficial, y el resto de la sociedad los veía como a súbditos ejemplares preparados física y moralmente para defender el imperio.

En Pompeya habían existido, que se supiera, varios de estos clubes. El más conocido era el Samnita. Pero había otros centros repartidos por toda la ciudad. El mayor de todos era el Gimnasio Grande, de la época de Augusto, cuyo local medía 147 metros de largo y 107 de ancho y contaba con una gigantesca piscina en su interior. La importancia que los romanos daban a la natación era tal que, al igual que los griegos, cuando tenían que referirse a una persona analfabeta decían: «No sabe escribir ni nadar». De modo que no despreciaban ni una sola modalidad deportiva, siempre y cuando sirviera para fortalecer el cuerpo. El carácter paramilitar del Gimnasio Grande había quedado en evidencia en un grafito que hacía mención a la existencia de escuadrones y centurias. En esos centros se organizaban juegos de lanzamiento de disco o combates de lucha, cuyos vencedores recibían un premio simbólico en forma de palma o corona. Además se practicaba la gimnasia, la marcha a paso ordinario o a paso ligero, las carreras, los saltos, el tiro al blanco con venablos, con piedras o con proyectiles de hondas lanzados contra una estaca, y otras modalidades deportivas. Cada una de estas asociaciones contaba con un armero de madera. Otro de los lugares utilizados por estos jóvenes eran los baños que había enfrente de la villa de Julia Félix, en la vía de la Abundancia. Unas termas al más puro estilo clásico, donde además de asearse y solazarse, podían practicar deportes y hablar de sus asuntos. Según algunos historiadores, el número de jóvenes pudo alcanzar el millar, si bien la cifra parece exagerada teniendo en cuenta que la población de Pompeya no superaba los 20 000 habitantes.

Cuando cerré el libro, estaba convencido de haber dado un paso adelante en mi investigación. Resultaba evidente que el agresor de la villa de Marco Obellio Firmo había sido un joven fanático dispuesto a dar su vida por el César: de ahí su atuendo, el hecho de que dispusiera de un arma, y que *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

26

su cuerpo no presentara marcas ni en los pies ni en las manos. El problema radicaba en que si daba por buena esta hipótesis tenía que admitir asimismo que la vida del César corría peligro, razón por la cual el joven había tomado la decisión de intervenir. ¿Pero acaso la víctima no era un emisario de Domiciano, el hermano del emperador? Recordé que Popea había comparado a Domiciano con Caín, el asesino de su propio hermano. No me costó imaginar a una docena de jóvenes pompeyanos en la palestra

del Gimnasio Grande, justo al término de sus ejercicios, escuchando aún sudorosos cómo un correo recién llegado de Roma les comunicaba la conspiración que estaba fraguando el hermano del emperador. ¿Pero qué motivos podía tener Domiciano para acabar con la vida de su hermano? ¿Y cuáles eran las líneas maestras de su plan? ¿Se trataba de dar un golpe de Estado apoyado en un fuerte contingente militar o, por el contrario, su intención era la de financiar un magnicidio a manos de un asesino profesional? Tal vez las respuestas las tuviera el propio Domiciano, cuya figura era sobradamente conocida por los historiadores.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

27

OceanofPDF.com

TRAS LA PISTA DE DOMICIANO

Domiciano Tito Flavio Sabino, hijo menor del emperador Vespasiano y de Flavia Domitila, nació

en Roma en el año 51, de modo que contaba 28 años de edad cuando Pompeya quedó sepultada por las cenizas del Vesubio. Desde su infancia ya había mostrado discrepancias con los de su estirpe, pues, al parecer, se había criado en la «indigencia y el oprobio», ya que ni siquiera había tenido un vaso de plata. Fuera o no así, lo que sí parecía cierto es que desde muy joven había dado muestras de abusos de poder, llegando a distribuir más de 20 cargos públicos en un sólo día, lo que motivó

que Vespasiano dijese en broma «Que le extrañaba que su hijo no nombrase también a su sucesor», refiriéndose a que parecía ejercer de César más que él mismo.

Domiciano había representado el principal peligro para Tito durante su mandato, pues no «Había cesado de prepararle asechanzas, que trataban de minar casi abiertamente la fidelidad de los ejércitos». Además, su carácter no se correspondía con su inteligencia: era autoritario, desconfiado, orgulloso, y sentía una envidia casi enfermiza por todo aquel que pudiera hacerle sombra, en especial por su hermano. Emprendió sin necesidad una expedición a la Galia y a Germania con el único propósito de igualar el poder y la fama de Tito. Después de la muerte de su padre, vaciló

durante largo tiempo sobre si ofrecer a los soldados un donativo doble con el fin de provocar una sublevación, y no dudó en publicar «Que Vespasiano le había asociado al imperio, pero que habían falsificado su testamento en favor de Tito». Otro incidente que empeoró la relación entre los hermanos hablaba de una posible relación entre Domitia Longina, esposa de Domiciano, y Tito. Sea como fuere, la relación personal entre ambos hermanos había estado dominada por una mutua antipatía. Pese a todo, Tito trató de reconciliarse con Domiciano en varias ocasiones proclamándole *consors et sucessor*, colega y sucesor, nada más subir al trono; e incluso llegó a rogarle en secreto, con lágrimas en los ojos, «Que viviese con él como un hermano». Lo cierto es que Domiciano no supo

«Tratar ni con iguales ni con inferiores, y su desprecio por los hombres se contraponía a la naturaleza abierta y amable de su hermano mayor».

Domiciano profesaba, además, un odio especial por los filósofos, y procedió con hostilidad contra los judíos y los cristianos, seguidores de la nueva religión que empezaba a echar raíces entre los romanos. De él partió la orden de capturar y torturar a Juan el Evangelista, que fue desterrado a la isla griega de Patmos.

Una vez nombrado César, comenzó a desconfiar de todo el mundo, incluida su propia familia. Temeroso de que alguien pudiera atentar contra su vida, mandó revestir los jardines y patios de sus residencias con el mármol más brillante de todos, de modo que siempre pudiera ver el reflejo de quienes se le acercaban por la espalda. A pesar de estas precauciones, sucumbió apuñalado a manos de un criado que había ocultado un cuchillo en una mano que llevaba vendada, tras fingir una lesión.

Cuando murió, el Senado se vengó de Domiciano proclamando una *damnatio memoriae*, maldición de su memoria, como hizo con Nerón. Oficialmente, su nombre fue borrado de todo documento, sus estatuas hechas añicos, y los templos que había mandado construir se consideraron inaugurados por su sucesor.

Cuando terminé de repasar la biografía de Domiciano, no tenía dudas de que el último crimen de Pompeya había que circunscribirlo en el marco de una conjura política que perseguía el derrocamiento de Tito. Sólo la erupción del Vesubio y la intervención del joven de la villa de Marco Obellio Firmo habían impedido que Domiciano se saliera con la suya.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

28

BAJO EL VOLCÁN

Siempre había oído decir que las relaciones de pareja suelen pasar por baches, y que algunas, incluso, caen en un socavón del que no logran salir, pero nunca imaginé que uno pudiera meterse en un cráter en su segunda cita. Lo peor de todo fue que lo hice voluntariamente. Popea me llamó por teléfono y me propuso que la acompañara al Vesubio, su lugar preferido de la Campania. No creo que en el mundo exista nada más suicida que el amor, y como yo estaba convencido de estar perdidamente enamorado, supedité mi propia seguridad a los sentimientos. Cuando hablé con ella no se me ocurrió preguntarle cómo íbamos a desplazarnos hasta la cima del volcán,

así que no me quedó más remedio que volver a ponerme en sus manos. Como era de esperar, la ascensión al Vesubio estuvo a punto de convertirse en una subida al cielo. A la salida de Torre del Greco, casi arrollamos a una columna de ciclistas que acometía las primeras rampas a paso de tortuga. Popea frenó bruscamente, los neumáticos chirriaron, las cabezas de todos los miembros del pelotón se volvieron instintivamente hacia nosotros, lo que hizo que las ruedas delanteras de unos fueran a engancharse con las ruedas traseras de otros, provocando una caída en cascada que, por suave, no tuvo consecuencias. Como detrás del verdadero amor no se esconde una palabra hueca, sino una sólida argamasa que permite que dos personas se mantengan unidas, ayudándose y apoyándose incluso en las situaciones más adversas, me bajé del coche, les pregunté cómo se encontraban y pedí perdón en nombre de Popea, a la que excusé argumentando que se trataba de una conductora novata. Gracias a mi cara de idiota —otro de los obsequios que el amor hace al enamorado— y a mi acento extranjero, nos libramos de ser linchados.

Proseguimos el viaje por la estrecha y serpenteante carretera que ascendía por la ladera de la montaña. El paisaje estaba salpicado de casas de labranza construidas con escorias y fragmentos de lava, que se confundían con los afloramientos de lava y los bancos de cenizas propios del terreno. Cuando alcanzamos los 600 metros de altitud, la vegetación dio paso a numerosos líquenes de aspecto coralino que, cual arrecife que hubiera emergido del agua, conducían hasta el Observatorio Vulcanológico Vesubiano. Luego, tras atravesar unas cuantas grutas de lava de aspecto fantasmagórico, llegamos a un lugar llamado Atrio del Caballo, la casa de postas en la que se refrescaban los equinos de los viajeros de antaño. El tramo hasta la cumbre lo realizamos a pie. Fue entonces cuando comprendí por qué Popea sentía predilección por aquel lugar. El paisaje seguía ofreciendo el mismo aspecto que hacía 2 000 años: huertas, campos dorados sembrados de cereales y viñedos que convertían el terreno en un vergel. Recordé los versos del poeta Estacio, escritos pocos años después de la erupción del volcán: «¿Podrán creer las generaciones venideras, cuando crezcan de nuevo las cosechas y reverdezcan estos desiertos, que las ciudades y las poblaciones se hundieron bajo sus pies, y que los campos de sus ancestros desaparecieron en el mar incendiado?». La respuesta parecía clara: no. De lo contrario, los seres humanos no se habrían atrevido a levantar nuevas ciudades sin tener en cuenta la opinión del orgulloso

Vesubio, a quien correspondía decir la última palabra. Bastaba con mirar hacia el interior del cráter para comprobar que de las profundidades ascendían columnas de fumarolas que ponían de manifiesto que la calma del volcán era momentánea. Era lo mismo que contemplar una sartén a fuego lento. Algún día, la madre naturaleza avivaría el fuego con el propósito de cocinar lo que los hombres habían construido en las faldas del monte. Entonces las ruinas de Pompeya volverían a desaparecer, tal y como había ocurrido con la ciudad original en el año 79.

—¿Qué te parece? —me preguntó Popea.

Silbé.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

29

—¿Otra vez te has quedado mudo?

Asentí.

—Mientras no te quedes sin aire...

Pensé que aquél era el escenario ideal para robarle otro beso, y como sabía que la cima del Vesubio estaba a más de 1 800 metros de altitud, se me ocurrió decir:

—A partir de los 1 500 metros corro peligro de sufrir un nuevo ataque de asma, aunque la vista merece la pena.

Popea señaló la ubicación exacta de la ruinas de Pompeya, una gran mancha de color ocre en la falda de la montaña, y dijo:

—¿Ves lo cerca que queda? Pues a ningún pompeyano se le pasó por la cabeza que el Vesubio pudiera entrar en erupción. Incluso ignoraron todas las señales que preceden a una catástrofe de esa magnitud.

—¿Qué señales eran ésas? —me interesé.

—Por ejemplo, el agua dejó de brotar de las fuentes y los pozos se secaron. Los geólogos aseguran que cuando eso sucede, significa que han aumentado considerablemente los vapores en los conductos subterráneos del volcán. Por el contrario, del mar se levantaron olas enormes y las bandadas de gaviotas dejaron de sobrevolar la ciudad. Cuatro días antes de la erupción hubo temblores y se escucharon ruidos extraños provenientes de las entrañas de la tierra. Por no mencionar que muchos campesinos que vivían en las proximidades del Vesubio se acercaron esa mañana a Pompeya para contar que la montaña estaba experimentando una extraña actividad.

—¿Por qué entonces la gente no abandonó la ciudad rápidamente? —me interesé.

—Porque el Vesubio llevaba más de 800 años obstruido por un tapón de lava y los terremotos eran frecuentes en Pompeya, así que nadie los asociaba con la posibilidad de que el volcán estallara en mil pedazos. Ese día, además, se celebraba el festival del Divino Augusto, y la ciudad estaba en fiestas.

—Eso demuestra que el emisario de Domiciano acababa de llegar a Pompeya, y que ni siquiera tuvo tiempo de entregar el dinero que llevaba encima —observé.

—Tal vez buscó refugio en casa de Obellio Firmo porque allí se sentía seguro una vez que comenzó a llover ceniza —replicó.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le pregunté.

—Obellio Firmo había sido administrador de Pompeya en varias ocasiones, de modo que su apellido estaba íntimamente ligado a la administración pública, ¿qué mejor lugar que su casa para que un emisario de Domiciano buscara refugio?

—Olvidas que la villa de los Firmo estaba en obras, y que no se han encontrado más cuerpos que los de nuestro asesino y su víctima.

—Los miembros de la familia Firmo podían haber huido justo cuando comenzó la erupción o, incluso, días antes.

—Acabas de decirme que la gente no huyó de la ciudad —le hice ver.

—Los más precavidos sí lo hicieron.

—Creo que el emisario de Domiciano no había ido a Pompeya para comprar una villa de recreo, sino para dar un golpe de Estado contra Tito. Estoy convencido de que el asesino conocía el día y la hora de llegada del emisario de Domiciano —solté.

Popea me miró con incredulidad.

—No tienes ninguna prueba para afirmar tal cosa —dijo.

—El hecho de que el asesino fuera un joven de la aristocracia local lo demuestra —razoné—. Los miembros de los clubes de jóvenes veneraban al César, y hacían las veces de correos, porque sólo de ellos se fiaba el emperador, con lo que tenían que estar al tanto de todo lo que ocurría. ¿Por qué no imaginar entonces que la noticia de la conspiración que estaba preparando Domiciano contra Tito había llegado a oídos de los miembros de los clubes de la lucha? Eso explicaría por qué el asesino no huyó con el botín después de apuñalar a su víctima, sino que se quedó a su lado, para

asegurarse de que no sobreviviría. Un ladrón interesado únicamente en el dinero no se habría inmolado. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

30

—Según tu teoría, el dinero que portaba el emisario de Domiciano iba destinado a contratar los servicios de un asesino.

—Así es. Tú misma llegaste a comparar a Domiciano con Caín.

—Algunos historiadores creen que Domiciano pudo ser el causante de la repentina muerte de Tito. Dicen que ordenó que lo envenenaran —reconoció.

—¿Por qué no pensar entonces que lo intentó dos años antes, y que la erupción del Vesubio frustró sus planes? —sugerí.

—Creo que tienes demasiada fantasía. Tendrás que encontrar pruebas más sólidas para convencerme —se desmarcó.

Tal vez tuviera razón. Carecía de pruebas que demostraran mi teoría. Todo eran suposiciones. Luego, la tarde se convirtió en una gigantesca sombra opaca, y las primeras estrellas comenzaron a titilar en el firmamento. La blanca palidez de la luna se apropió de un trozo de cielo vespertino, y una suave brisa tan ligera como una caricia traía y llevaba los dulces aromas del verano recién iniciado. Pensé que había llegado el momento de escenificar un nuevo ataque de asma. Entonces empecé a boquear como un pez fuera del agua y a realizar aspavientos que reclamaban los labios de Popea. En esas andaba cuando me aplicó el inhalador del otro día. No me quedó más remedio que aspirar y fingir que el aire volvía a llegar a mis pulmones con normalidad. Mi gozo en un pozo.

—¡Eres un farsante! —exclamó Popea.

—¿Yo?

—Tú. Lo que acabas de inhalar es agua del grifo. Siempre llevo un vaporizador para refrescarme la cara los días de calor.

—Un agua milagrosa, sin duda —salí por la tangente.

—Deja de fingir. No tienes asma. Lo sospeché el otro día, cuando te hice el boca a boca. O mejor dicho, cuando te hice el boca a boca y tú me besaste.

—¿Eso hice?

—No te hagas el tonto.

—Me temo que eso no depende de mí —reconocí.

—Pues entonces no te pases de listo.

—Tampoco eso depende de mí.
—En qué quedamos, ¿te haces el tonto o vas de listo?
—Lo reconozco, había comido cuatro *babás* y me entraron ganas de besarte —dije aferrándome a su argumento.
—Muy gracioso.
—Es la verdad.
—La verdad es que nadie se emborracha por comer cuatro *babás*.
—Tú sí.
—Me lo inventé para ponerte a prueba —reconoció.
—¿Ponerme a prueba?
—Bueno, para poner a prueba tu paciencia.
—¿Quién ha mentido entonces?
—Los dos. Aunque tu mentira ha sido más grave —se descolgó.
—Si no te hubieras inventado la historia de los *babás* no me habrían entrado ganas de besarte —
razoné.

—¿Ah, no? ¿Y cómo justificas lo de esta noche? ¿Por el mal de altura?
Estuve a punto de responderle con una frase de Zenón de Elea que dice que los necios creen saber por qué aman, los tontos incluso dan sus razones, pero sólo los sabios reconocen que nadie sabe cómo funciona el amor. Y yo sólo sabía que me sentía como un volcán a punto de estallar. Claro que, como había ocurrido en su día con los habitantes de Pompeya, tampoco ella interpretaba convenientemente las señales de la catástrofe que se avecinaba.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

31

EL CAMORRISTA

Si algo me ha enseñado la Arqueología es que un yacimiento es un libro abierto que sólo se lee una vez, ya que su lectura se hace a costa de destruir las hojas, es decir, las capas extraídas, y que el excavador es el responsable de esa única lectura posible, por lo que su trabajo debe ser minucioso y concienzudo. El arqueólogo, pues, tiene que traducir todo lo que ve sobre el terreno en una documentación que pueda ser utilizada como fuente histórica, releída por otros investigadores. La lectura que hice cuando entré en mi cuarto aquella tarde fue que había sido torpemente registrado por el señor Magro Moro. Mis papeles habían sido revueltos y, para colmo, se había dejado un trozo de uña inusualmente grande encima de ellos. Recogí la prueba del delito ayudándome de una servilleta de papel y me dirigí a la recepción para elevar una queja:

—Se le ha caído esto, señor Magro Moro. La próxima vez que se corte las uñas de los pies en mi cuarto, procure llevarse los desperdicios. Aunque no lo parezca, éste sigue siendo un local abierto al público y sujeto a ciertas normas elementales de higiene —le reproché.

—¿Qué le hace pensar que esa uña es mía? —preguntó sorprendido ante mi sagacidad.

—Mírese las uñas y comprenderá por qué sé que la uña es suya.

En vez de seguir mi consejo, me miró con un ojo abierto y el otro cerrado.

—Buscaba un plano —reconoció sin alterarse.

—¿Un plano?

—Por orden de don Beppe.

Fue entonces cuando comprendí a qué clase de plano se refería el señor Magro Moro.

—¿Don Beppe le ha mandado buscar un plano del Museo de Nápoles en mi cuarto? ¿Y por qué diablos no me lo ha pedido él directamente?

—Para que no se vea implicado en caso de que las cosas se tuerzan —me indicó el señor Magro Moro.

—Y para que no pueda reclamar una parte del botín como colaborador necesario —sugerí.

—Eso también.

—Cuando quiera algo de mi cuarto, pídamelo. ¡Y cómase las uñas en vez de cortárselas en mi dormitorio!

El señor Magro Moro respondió a mi ataque con una mirada torva.

Luego bajé a pie los cinco pisos para hablar con don Beppe. Una cosa era que me formulara ciertas preguntas inocentes sobre el tesoro de la villa de Obellio Firmo, y otra muy distinta que ordenara registrar mi cuarto.

En la garita me encontré con un individuo de mediana estatura, barriga oronda, ojos de batracio, labios belfos y piel atezada, que removía el *ragù* con la cuchara de madera de don Beppe, y de cuyo hombro izquierdo colgaba el trapo de don Beppe.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Totó Vespa, también conocido como *Walter PPK*, para servirle. Soy el sustituto del sustituto del portero. Don Beppe y su sustituto se encuentran en una reunión de la *Commissione per la Protezione del Ragù del Guardiola*.

—¿Sabe a qué hora regresará? —le pregunté contrariado.

—Una reunión de la *Commissione* tarda en cocerse tanto como el propio *ragù* —dijo, yéndose por las ramas.

—¿Traducido en horas?

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

32

—Cuatro o cinco, pero como después de la reunión se van a cenar, calcule ocho o nueve.

—Entiendo.

—¿Quién le digo que ha venido a preguntar por él? —me interrogó.

—José María Peralta, el huésped del Albergo Margarita.

—*Il seppellitore*? ¡Haberlo dicho antes! ¡Pasa, pasa dentro, *ragazzo*! —me conminó tirando de mi brazo.

Era la primera vez que entraba en la garita de don Beppe, donde olía exactamente igual que en una marmita de *ragù*. Incluso las paredes rezumaban grasa de *ragù* solidificada, que empezaba a adquirir un tono ambarino. La única decoración consistía en un cartel mugriento de un Nápoles remoto y nocturno, en cuyo pie rezaba la siguiente leyenda: «*Vedere Nápoli, e poi morire...19*».

—Don Beppe y yo tenemos negocios juntos, así que habla con confianza.

—Sólo quería entregarle este plano del Museo Nacional de Nápoles. Dígale de mi parte que ni siquiera me ha costado 3 euros, y que lo venden en todos los quioscos.

—Te serán reintegrados cuando repartamos beneficios, por supuesto. Ahora, permíteme una pregunta, ¿cómo andas de *sepulture*?

—¿Que cómo ando de sepulturas? —repetí su pregunta sin saber muy bien qué significado darle.

—Quiero decir que si tienes alguna sepultura libre. Don Beppe y yo habíamos pensado que después del... ya sabes a qué me refiero. Sería conveniente guardar el... ya sabes a qué me refiero, dentro de una sepultura, hasta que la... ya sabes a quién me refiero, pierda interés en el... ya sabes a qué me refiero.

—Francamente, no sé a qué se refiere —reconocí.

—Bueno, ya tendremos oportunidad de hablar de este asunto en un lugar más seguro. ¿Sabes que a don Apicio, el portero del número 48, le pusieron un micrófono debajo del asa de la olla en la que cocinaba el *ragù* todas las mañanas? Pues aquel aparatito tuvo la culpa de que el *ragù* no saliera tan bueno como de costumbre, ya sabes, por la interferencia de las ondas, y también fue el responsable de que terminara en chirona. ¡Un hombre que ha hecho tanto por esta ciudad! ¡Con decirle que hasta perdió dos dedos mientras perpetraba un atraco a mano armada! ¿Se imagina a un atracador sin dedos? Pues así y todo lo encarcelaron.

Y dirigiéndose a un lugar indeterminado de la habitación, gritó:

—*Mascalzoni20!*

De no haberme encontrado en compañía de un *guappo* de la camorra napolitana con apodo de nombre de pistola, hubiera proclamado mi inocencia a los cuatro vientos con el propósito de que el policía que supuestamente permanecía a la escucha se apiadara de mi situación. Pero como la posibilidad de que la garita de don Beppe estuviera sometida a vigilancia policial me parecía hartó improbable, dado el carácter eminentemente marginal de su propietario, me limité a decir:

—Dígale a don Beppe que quiero hablar con él cuanto antes.

Totó Vespa me escoltó hasta el ascensor. Tras abrirme la puerta servilmente, dijo:

—Hoy el viaje en ascensor le saldrá gratis.

La conversación con Totó Vespa me produjo tanto desasosiego que ni siquiera experimenté

miedo cuando la cabina del ascensor, en su lenta ascensión, comenzó a renquear y a balancearse, para detenerse por fin tras un fuerte tantarantán.

OceanofPDF.com

19 Ver Nápoles, y después morir.

20 ¡Sinvergüenzas!

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

33

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Esa noche tuve un sueño extraño que me trasladó a la villa de Obellio Firmo. De hecho, en el sueño yo era un miembro destacado de la familia Firmo, en tanto que mi novia era una deslumbrante pelirroja llamada Popea, o sea, Popea Pazzi. Paseábamos por los jardines de la villa, agarrados de la mano, mientras la fragancia de las rosas se encargaba de embriagar nuestro amor, y los versos de Horacio, a través de mi voz, hablaban sabiamente a nuestras almas: «Deja de preguntarte lo que te traerá el mañana y considera goce lo que Fortuna te da cada día; y mientras seas joven no desdeñes ni el dulce amor ni las danzas...».

A eso de las 10 de la mañana, tras un amanecer que había transcurrido en una calma inusual —

sin el rumor del agua de las fuentes, sin viento, sin pájaros que sobrevolaran el cielo—, el Vesubio emitía un desgarrador rugido y comenzaba a vomitar columnas de humo y ríos de lava tan roja y sinuosa como el cabello de mi amada.

Durante un rato, ambos nos quedábamos paralizados, sin saber qué hacer o decir, con la vista puesta en el cráter del volcán, hasta que el polvo de ceniza nos alcanzaba tiñendo de negro nuestras blancas y limpias vestimentas de patricios. Luego volvíamos nuestras cabezas hacia el mar que, en contacto con los ríos de lava que descendían por las laderas de la montaña, había comenzado a teñirse de rojo y a escupir peces de todos los tamaños, que se amontonaban en la orilla como queriéndose alejar del agua.

Conscientes de que lo mejor era huir cuanto antes, avisábamos a mis familiares para que recogieran lo imprescindible y evacuaran la vivienda. Y en ese proceso nos encontrábamos, cuando de pronto dos intrusos allanaban nuestra propiedad. Al principio pensamos que buscaban refugiarse de la lluvia de cenizas que, con el paso de las horas, se había ido transformando en un continuo caer de proyectiles de piedras porosas, algunas de gran tamaño. Pero al cabo, desde nuestra posición en el *tablinum* 21, comprobamos que ambos hombres mantenían una acalorada discusión que

les había llevado incluso a desafiar a la naturaleza. Ya fuera porque esa actitud me parecía temeraria e irresponsable, ya porque aquellos hombres habían tomado posesión de mi casa sin pedir permiso, me vi impelido a intervenir. Le dije a Popea que no se moviera del *tablinum*, y me dirigí hasta el jardín cubriéndome la cabeza con un almohadón que amortiguara el golpe de los proyectiles que caían del cielo.

Justo cuando me encontraba a 3 metros escasos de los intrusos, cuando la noche estaba a punto de cercar la casa por sus cuatro costados a pesar de que era mediodía y el aire se había impregnado con el pestilente aroma del azufre, el más joven, un muchacho que vestía la indumentaria de un gimnasta, desenfundó una pequeña daga de hoja curva y amenazó a su interlocutor, al que preguntó:

«Habla, ¿quiénes son los enemigos de Tito? ¿Y para quién es ese dinero?». «Roma, el imperio entero es el enemigo de Tito. Y las monedas acuñadas con su efigie servirán para separar su cabeza de sus hombros», respondió el otro hombre que, por su vestimenta —llevaba una túnica púrpura teñida en la ciudad de Tiro—, era una persona de buena posición económica. «¡Un nombre, quiero un nombre!», exclamó el joven. «¿Un nombre, decís? Domiciano, el futuro amo de Roma.⁰²» Tras lo cual arreció la lluvia de proyectiles. Por último, sentí cómo la muerte se iba agarrando a mi garganta cual reptil, y cómo el día convertido en noche daba paso a un silencio tan gélido como el frío invernal.

En esa situación permanecí durante un espacio indeterminado de tiempo, hasta que la voz de

21 Salón de la casa romana. [En el texto impreso figura escrito *tablinium*, forma incorrecta]. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

34

Giuseppe Fiorelli y unos cuantos litros de yeso colado me devolvieron a la vida transformado en un calco de mi propio cadáver. Luego me puse en pie y me dirigí directamente al lugar donde yacían los dos intrusos que habían allanado mi casa, y una vez frente a ellos le dije al emisario de Domiciano: «Habla, ¿quiénes son los enemigos de Tito?».

Me despertó mi propia voz, que no paraba de formular una y otra vez la misma pregunta:

«Habla, ¿quiénes son los enemigos de Tito?». En ese instante me percaté de que había pasado por alto a Tito, el objeto de aquella traición, el destinatario de aquella conjura.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

35

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

Tito fue uno de los emperadores romanos más ambivalentes. De él se decía que había sido de una manera mientras fue aspirante a la sucesión, y de otra muy distinta después de recibir el imperio. El primer Tito había sido objeto de la censura pública y del odio de sus conciudadanos, que veían en él a un monstruo en ciernes.

Cuando su padre, Vespasiano, fue nombrado César, se convirtió en su apoyo, encargándose de los negocios y dictando cartas en su nombre, redactando edictos e incluso leyendo los discursos del emperador en el Senado. Fue entonces cuando comenzó a mostrarse duro e implacable con sus opositores, a los que mandaba asesinar sin miramientos. De todos los crímenes cometidos por Tito en esa época, llamaba la atención el de un tal Aulo Cecina, a quien ordenó asesinar después de haberle invitado a cenar. Al parecer, Tito había encontrado una proclama dirigida por este individuo a los soldados para que se sublevaran contra Vespasiano.

A esta crueldad había que añadir su libertinaje y su gusto por la vida disoluta. Con sus allegados solía organizar veladas que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, y en las que el papel de anfitriona lo representaba una princesa judía llamada Berenice, hija del rey títere Agripa

I de Judea, de la que Tito estaba perdidamente enamorado. Era rapaz en materia de dinero, dadas las grandes sumas que necesitaba para costear sus dispendios de toda índole. El segundo Tito había nacido el día de su coronación como César. Entonces prometió cambiar radicalmente. Despidió de Roma a Berenice, con la que había proyectado casarse, dio la espalda a sus compañeros de correrías y procuró ser justo en todas y cada una de sus decisiones. Su benevolencia llegó al extremo de decir que «Un día sin hacer un favor era un día perdido», y que nadie debía salir descontento de la audiencia con un príncipe. Se propuso conservar las manos limpias de todo delito, pues, según sus propias palabras, «Prefería morir él mismo antes que hacer perecer a sus semejantes». Y lo demostró cuando, tras descubrirse que dos patricios conspiraban contra él, se contentó con aconsejarles que renunciaran a sus pretensiones, añadiendo que «El poder supremo lo daba el destino», y les prometió concederles lo que pidiesen. Hasta envió un correo a la madre de uno de los conspiradores para tranquilizarla sobre la suerte que había corrido su hijo. Su populismo llegó hasta el extremo de permitir la entrada del pueblo en las termas en las que él se bañaba. Cuando la muerte le sorprendió repentinamente fue calificado por su pueblo como

«*Deliciae generis humani*», es decir, delicia para el género humano. Tito murió el 13 de septiembre del año 81, a los 42 años recién cumplidos. Muchos historiadores señalaban a Domiciano como inductor de su repentina muerte.

Lo primero que pensé fue en la insalvable distancia que separaba las figuras de Tito y Domiciano. Mientras que el primero había recibido el título de «Delicia para el género humano», la memoria de Domiciano había sido borrada por orden expresa del Senado. Lo segundo fue reconocer la dificultad que tenía encontrar a alguien que odiara a Tito hasta el extremo de estar dispuesto a acabar con su vida. El único nombre que me vino a la cabeza fue el de Aulo Cecina, a quien Tito había ordenado asesinar antes de cambiar, cuando sólo era un lugarteniente de su padre. ¿Acaso los familiares de Aulo Cecina vivían en Pompeya? ¿Iba destinado a ellos el dinero de Domiciano?

Decidí escarbar un poco más en la cara oculta de Tito, en el Tito anterior a su coronación, cuando carecía de escrúpulos y daba muestras de una extrema crueldad.

Volví a examinar mis manuales de historia del Imperio Romano, hasta que di con un episodio capital en la vida de Tito que yo había pasado por

alto: la conquista de Jerusalén durante el reinado de su padre, el emperador Vespasiano. O mejor dicho: la destrucción de Jerusalén a manos de Tito,
Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

36

comandante en jefe del ejército romano.

Durante 5 largos meses, Tito, al mando de 4 legiones, sitió Jerusalén, que resistió a pesar de las calamidades. «La espada y el hacha, pero más aún el hambre, causaron innumerables muertes; los judíos quitaban la vida a cuantos fuesen simplemente sospechosos de desertión y obligaban a las mujeres y a los niños a perecer de hambre dentro de la ciudad. No menos implacable fue la conducta de los romanos, quienes condenaban a morir bajo el hacha o en la cruz a todos los prisioneros.» Al parecer, los judíos no capitularon porque estaban convencidos de la pronta intervención de Jehová en el conflicto. Lo cierto fue que el hambre llegó a ser tan extrema que incluso se produjeron casos de canibalismo. Cuando Tito logró tomar la ciudad se propuso respetar el templo de Jerusalén, pero una antorcha lanzada por uno de sus soldados inició un pavoroso incendio que acabó destruyéndolo. De esa forma desapareció el símbolo principal de la religión judía, al mismo tiempo que nació un sentimiento de profundo odio hacia Tito. En cuanto a éste, fue recibido en Roma como un héroe. El Senado mandó levantar en su honor un arco de triunfo que todavía hoy sigue en pie. En uno de sus relieves aparece el candelabro sagrado que él ordenó sacar del santuario de Jerusalén para llevarlo a Roma como parte del botín de guerra. Las monedas acuñadas en Roma en esa época llevaban la siguiente inscripción: «Iudaea Capta», es decir, «Judea sometida». Desde entonces, Judea pasó a ser una provincia pretoria autónoma, y en ella se estableció una legión como fuerza de ocupación. Además, un impuesto especial gravó desde entonces a todos los que pertenecían al pueblo derrotado.

Desde el punto de vista de mi investigación, lo más interesante era el hecho de que los prisioneros judíos que no fueron ejecutados habían sido vendidos como esclavos, y estaban repartidos por todos los rincones del imperio. Los judíos consideraron la erupción del Vesubio como un castigo de Dios contra los romanos, lo que ponía de manifiesto que todavía sangraban las heridas abiertas a raíz de la destrucción de Jerusalén.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

DESAYUNO SIN DIAMANTES

Como cada mañana, la señora Allegro vigilaba el desayuno escondida detrás del periódico local. El titular decía que la policía había efectuado una redada en el barrio de Sanità, aunque no había habido detenidos. Los carabinieri habían sido recibidos con piedras, palos y abucheos, y dos de ellos habían sufrido en sus propias carnes el robo de los uniformes que vestían y de las armas que portaban. Suerte que habían salido con vida.

Después de leer atentamente el horóscopo, doña Margarita inclinó el periódico y lanzó su pregunta matutina:

—¿Han dormido bien?

—He echado de menos mi osito de peluche —bromeó Revenga.

—A mí me gustaría un colchón más duro. Hay días que amanezco doblado como una hoja de papel —objetó Goso.

—Y a mí que me tocara la lotería para no tener que aguantar sus quejas —replicó la propietaria. El primer sorbo de café amargo terminó de desmoralizarme. No en vano, acababa de encontrarme una araña dentro de una de mis zapatillas, y había tenido que luchar con fiereza para doblegarla.

—Tiene mala cara, Peralta —observó doña Margarita.

—He tenido una pesadilla. Una araña peluda reptaba por mi pie descalzo, y por más que intentaba quitármela de encima no podía. Luego, cuando he abierto los ojos, me he encontrado a la misma araña dentro de una de mis zapatillas —dije engrandeciendo mi hazaña. Si había algo en lo que la señora Allegro se consideraba una experta era en materia de sueños. Según contaba, estaba especialmente dotada para interpretar la *smorfia*, una especie de manual que existía en todas las administraciones de lotería de Nápoles y que explicaba el valor numérico de las imágenes sacadas de los sueños o de otros sucesos particulares. Por ejemplo, el número 48

significaba «el muerto que habla», el 90 representaba «el miedo», el 17 «la desgracia», y el 10 era

«Diego Armando Maradona», el más ilustre futbolista que había jugado en el Nápoles.

—Un sueño muy interesante. Significa que se siente indefenso ante una mujer —observó doña Margarita.

Pensé que el destino me había llevado a inventarme un sueño cargado de sentido para mí en esos momentos. ¿O acaso no me sentía inseguro delante de Popea?

—¿Quiere decir que las mujeres son arañas? —solté.

—En el mundo de los sueños, la araña es un símbolo femenino, lo mismo que el empeine. Si era incapaz de frenar el avance de la araña por su empeine, significa que siente inseguridad ante una mujer.

A tenor del comentario de la señora Allegro, estaba claro que el comecocos que había establecido una relación tan estrecha entre el mundo de los arácnidos y el universo femenino tenía que ser un hombre.

—No creo haber encontrado todavía a la araña de mis sueños —me desmarqué.

—Tal vez sienta inseguridad frente a todas las mujeres, Peralta —añadió doña Margarita lanzándome un torpedo a la línea de flotación.

—¿Existen imágenes que representen lo contrario, es decir, la seguridad de los hombres frente a las mujeres? —me interesé.

—El hombre que se siente seguro ante una mujer es un machista —sentenció la propietaria.

—¿Y qué es entonces el hombre que da muestras de inseguridad? —pregunté a continuación. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

38

—La víctima de una araña peluda, ya has oído a la señora —me respondió Goso *la Hiena*.

—¿De cuándo son estas rosquillas? Están duras como piedras —se quejó Ruxandra, que acababa de incorporarse al desayuno.

—Sin necesidad de someterlas a la prueba del carbono 14 diría que son del 24 de agosto del año 79. Parecen lastras de piedra volcánica. ¿Las has traído tú de la excavación, Peralta? —dijo Revenga.

—Las acaba de hacer la señora Pandolfo —aseguró la propietaria.

—La señora Pandolfo no ha llegado aún —observó Revenga.

—Puede que las hiciera ayer por la noche antes de marcharse —admitió la propietaria—. ¿Y

Hortense? ¿Por qué tarda tanto? Se le va a enfriar el desayuno.

—Está repostando veneno —intervino Goso *la Hiena*.

—Tendría que bastarle con el desayuno. Este café y estas rosquillas son puro cianuro. Hasta una planta venenosa como ella vomitaría semejantes

manjares —se mofó Revenga.

—¿Qué planes tienen para hoy? —se interesó la casera.

—En mi caso, tratar de sobrevivir, si el café no acaba antes conmigo —reconoció Goso *la Hiena*.

—Yo tengo clases en la universidad, como siempre —dijo Ruxandra.

—Yo voy a visitar el Palacio Real. Me van a enseñar las habitaciones privadas de Carlos III —

expuso Revenga.

—¿Y usted, Peralta, tiene previsto practicar alguna detención?

El ansia de verme como a un policía de verdad hacía que la señora Allegro se creara falsas expectativas sobre mí.

—Como no detenga a la momia de Tutankamón... —se inmiscuyó Revenga.

—Ya sé que el crimen se cometió hace 2 000 años, pero digo yo que habrá que pedirle responsabilidades a alguien —añadió la propietaria.

¿Al Vesubio? —sugirió Goso *la Hiena*.

—¿Y si el asesino tenía un cómplice? ¿Y si el cómplice tenía un familiar al que hizo también cómplice? ¿Y si el familiar cómplice hizo a su vez cómplice a otro familiar? ¿Y si después de 2 000 años sigue habiendo un cómplice suelto?

—Doña Margarita, me temo que el café se le ha subido a la cabeza —intervino de nuevo Revenga.

—Siga usted tirando del hilo, Peralta, y no haga caso de estos mamarrachos. Los buenos policías no se amilanan ante las adversidades —concluyó la propietaria.

«Ni ante las arañas peludas», pensé.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

39

SALUD, GÉNESIS

Cuando llegué a Pompeya esa mañana, dos cuestiones me rondaban la cabeza. La primera tenía que ver con la posible existencia de una colonia judía en la ciudad. La segunda era si algún superviviente del cerco de Jerusalén había sido enviado a la zona en calidad de esclavo. Si algo abundaba en Pompeya eran los grafitos. En ninguna otra ciudad de la Antigüedad se han encontrado tantas pintadas como en Pompeya. En el año 79 no existían los medios de comunicación tal y como hoy los conocemos,

de manera que las paredes de las casas eran utilizadas para escribir toda clase de mensajes: declaraciones de amor, lemas políticos, anuncios y hasta chascarrillos, así

que lo primero que hice fue recorrer las principales calles en busca de grafitos que aludieran a la presencia judía en la ciudad. Empecé el paseo en la casa de Fabio Rufo, en la vía Consular, luego me dirigí a la vía de las Termas, continué por la vía de la Fortuna, y a la altura de la vía de Nola, torcí por la vía Estabiana en dirección a la vía de la Abundancia. El primer grafito que encontré

alusivo a la presencia de judíos en Pompeya decía: «Génesis, gran Génesis»; otro rezaba: «Salud, Génesis». Pero el más interesante era el que hallé en uno de los muros del cuartel de gladiadores, cuyo texto rezaba: «Un muro de hierro se interpuso entre Israel y su padre en el cielo». Teniendo en cuenta que los judíos habían resistido el asedio de las tropas de Tito en el convencimiento de que Jehová estaba a punto de regresar a la tierra para librar al pueblo hebreo del yugo romano, estaba claro que el autor del grafito aludía precisamente al hecho de que Jehová no hubiera descendido del cielo cuando Tito asoló Jerusalén. En conclusión, en Pompeya había existido una colonia judía, tal y como demostraban los dos primeros grafitos; y en el cuartel de gladiadores había habido al menos un gladiador de origen judío que, probablemente, había sido apresado durante el asedio de Jerusalén y condenado a morir en el anfiteatro.

Mi siguiente paso consistió en averiguar en qué situación había quedado el cuartel de los gladiadores tras la erupción del 24 de agosto del año 79. Descubrí que cuando el arqueólogo Winckelman exhumó el recinto, allá por el siglo XVIII, encontró un número indeterminado de cadáveres, además de los restos de un caballo ricamente enjaezado y cargado con numerosos objetos de valor. En la sala de armas, lugar que tenían prohibido los gladiadores, fueron hallados 18

cuerpos. Uno de los cadáveres encontrados pertenecía a una dama adinerada, que cubría su rostro con un velo bordado en oro. «¿Qué hacían 17 gladiadores en la sala de armas acompañados de una rica dama?», me pregunté. Después de darle muchas vueltas, recordé un dato que me pareció

revelador: el emisario de Domiciano portaba 17 bolsas de cuero con 50 monedas de oro cada una. De modo que tenía 17 gladiadores y otras tantas bolsas con dinero. En cuanto a la dama, el hecho de que cubriera su rostro con un velo podía significar que intentaba protegerse de los gases

venenosos, que se trataba de una mujer oriental, tal vez judía, o de ambas cosas a la vez. La presencia de una mujer en un lugar como aquél sólo podía explicarse a través de la admiración que las féminas sentían por el cuerpo de los gladiadores. Tal vez, la joven estuviera enamorada de uno de aquellos hombres y, tras cargar un caballo con sus pertenencias, decidió pasar por el cuartel de gladiadores para huir en compañía de su amado. ¿Era eso lo que había ocurrido?

Cuando dejé atrás el cuartel de gladiadores me embargaba una excitación extraordinaria, pues creía haber dado con la pieza que me serviría para completar aquel rompecabezas. El problema era que no sabía dónde encajarla para que todo cobrara sentido.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

40

OceanofPDF.com

UNA TERRAZA CON VISTAS AL ABISMO

Totó Vespa me esperaba sentado en la silla de don Beppe, con los pies sobre la hornilla de butano. De haberlo visto don Beppe, se los habría cortado y picado la carne en trocitos para hacer *ragù*.

—Don Beppe quiere hablar con usted —me espetó.

—¿Y dónde está? —pregunté al comprobar que no se encontraba en el interior de la garita.

—Arriba, en la terraza.

Don Beppe sólo subía a la terraza para dormir la siesta, y como era la hora de la comida, me temí

lo peor. Tal vez el portero había llegado a la conclusión de que sabía demasiado, y había decidido eliminarme arrojándome al vacío desde la azotea del edificio. «Ha sido un fatal accidente, se asomó

al pretil y el cuerpo se le fue para adelante», diría a la policía. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Es por el caso de don Apicio, ¿recuerdas? —añadió Totó Vespa.

—¡Ah, sí, don Apicio, el ciudadano ejemplar que perdió dos dedos perpetrando un atraco, al que la policía espió por medio de un micrófono oculto en el asa de la olla en la que cocinaba el *ragù*! —
ironicé.

Totó Vespa me escoltó hasta la azotea, en la que don Beppe escenificaba una de sus sesiones de espionaje. Pegaba la oreja derecha a la chimenea y auscultaba los sonidos con el celo de un médico.

—¡Éstos van a comer coles! —exclamó.

Luego, cambiando de chimenea, añadió:

—Veamos qué dice doña Rita, la del tercero. Siempre está discutiendo con su hermana por no sé

qué herencia, un huerto de limones en Positano y una casa de labranza en Caserta, así que cuando me la encuentro en el portal, le digo: «Santa Rita, Santa Rita, lo que se da no se quita».

—¿Eres tú *il seppellitore*? Me llamo Renato Marche-si, aunque todo el mundo me conoce como *Caronte* —dijo una voz ronca a mis espaldas.

Giré y me di de bruces con un armario recién barnizado de tres puertas. Incluso el pelo de color negro ala de cuervo, perfectamente pegado al cráneo y engominado, hacía juego con unos zapatos de charol que brillaban como espejos. Inmediatamente recordé al Caronte que en las luchas de gladiadores se encargaba de rematar a los moribundos con una maza de madera. Un personaje tan siniestro como el que ahora tenía delante.

—*Ragazzo, vieni qui, siediti accanto a me*²²! —me reclamó don Beppe que, tras dar por terminada su sesión de escuchas, había tomado asiento en un pequeño banco desde el que daba de comer a las palomas.

Obedecí.

—¿Recuerdas la conversación que mantuvimos el otro día? —preguntó. Don Beppe no parecía la misma persona sin su cuchara de madera. Era como si le hubieran amputado un miembro. Una amputación que le había afectado al carácter.

—Claro que la recuerdo —respondí.

—Pues Totó y *Caronte* están interesados en adquirir tus monedas —añadió.

—Y dale con la manía de adjudicarme las monedas. ¡Qué más quisiera yo que las monedas fueran mías!

—Tengo entendido que el otro día hablaste con Totó. Aunque me temo que el de la palabra no es su don más destacado. Totó es un hombre de acción —observó don Beppe.

22 Muchacho, ven aquí, siéntate a mi lado.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

41

Totó corroboró las palabras del portero esbozando una sonrisa que puso de manifiesto que debajo de sus labios belfos se escondía una ristra de dientes tan grandes como las teclas de un piano.

—No me cabe la menor duda —dije.

—También lo es *Caronte*. Lo que nos convierte a ambos en interlocutores. Necesito la información que tú posees para dársela a ellos.

La conversación estaba resultando tan surrealista que me acaricié una mejilla para comprobar que no estaba soñando.

—Ya le di el mapa que mandó buscar a mi habitación. Lo venden en los quioscos a 3 euros —le recordé.

Totó me lo dio. Pero lo que yo buscaba no era un mapa, sino un dibujo. Ya sabes que a pesar de que el señor Magro Moro lleva más de 20 años en Nápoles, ha olvidado su lengua y no ha aprendido italiano, con lo que resulta casi imposible entenderse con él. Sí, lo que yo buscaba era un dibujo —reconoció.

—¿Un dibujo?

—De las monedas.

—¡Todas las monedas son redondas! —exclamé. —Sin duda, pero no todas valen lo mismo.

¿Qué tienen grabado?

—Le aseguro que ni siquiera las he visto personalmente. Son áureos de la época del emperador Tito, y llevan grabada su efigie y una leyenda con su nombre en latín. «Titus Caesar», o algo parecido.

—Está bien, del aspecto de las monedas nos ocuparemos más adelante. Otra cosa. Mis amigos necesitan una sepultura en la que esconder el botín hasta que la policía olvide el asunto.

—Francamente, creo que se ha vuelto loco —le dije.

—¿Me estás faltando al respeto?

¿En cuántas películas sobre la mafia había visto que la falta de respeto se pagaba con la muerte?

Claro que, afortunadamente, don Beppe no era un mafioso como los que salían en las películas, al menos en apariencia.

—No, pero no sé cómo hacerle entender que no soy ningún sepulturero, que mi trabajo nada tiene que ver con el de un enterrador. De hecho, lo que tratamos de hacer en Pompeya es resucitar a los muertos, de modo que el visitante se haga una idea aproximada de cómo ocurrieron las cosas el 24 de agosto del año 79.

Don Beppe volvió a interpretar mis palabras a su conveniencia.

—Si resucitas a un muerto, su tumba se queda vacía, ¿no estoy en lo cierto? Sólo te pido un maldito agujero en el que enterrar un botín sin levantar sospechas. Los napolitanos somos extremadamente supersticiosos, y eso incluye a la policía, así que no creo que haya un lugar más seguro para esconder las monedas.

—¿Y si no encuentro esa sepultura?

—La encontrarás. No en vano toda Pompeya es un inmenso cementerio, ¿no es así?

La ignorancia es a veces el muro más difícil de derribar, máxime cuando el ignorante finge serlo, de modo que no me quedó más remedio que resignarme.

—¿Me promete que me dejará tranquilo si le proporciono una tumba a sus hombres? —propuse.

—Te lo juro por la licuefacción de la sangre de san Genaro —dijo don Beppe persignándose.

—Suelo coger el tren de las 8 de la mañana que va hasta Pompeya —le indiqué.

—Los señores Totó Vespa y Marchesi serán puntuales. ¿Verdad, caballeros?

—Tan puntuales como si fuéramos a robar un banco —aseguró Totó Vespa.

—Nunca he estrangulado a una paloma, ¿me permite, don Beppe? —se inmiscuyó *Caronte*, que llevaba un rato revoloteando por la azotea como un halcón a la caza de su presa.

—¡Serás animal! ¡Si le pones una mano encima a alguna de mis palomas, mañana te entierro en el agujero que nos proporcione Peralta! —le reprendió don Beppe. Luego, volviéndose a mí, concluyó:

—Este ignorante desconoce que la paloma es un animal tocado por la divinidad, no sólo porque *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

simboliza la paz, sino también porque sirve para llevar y traer mensajes sin hacer preguntas.

¡Información, Peralta, información! ¡Ése es el verdadero negocio de nuestros días!

Sentí un gran vacío en el estómago, no sé si debido a que era la hora de la comida o al vértigo de la conversación. Cuando el ascensor me depositó en la quinta planta tenía la impresión de bajarme de un trapecio en el que hubiera estado ejercitándome sin red. El inframundo de Nápoles también se asomaba a las azoteas de la ciudad.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

43

OceanofPDF.com

NADA SABE TAN BIEN COMO UN PLATO DE MACARRONES FURIOSOS

Doña Margarita tocó la campanilla y formuló la pregunta de siempre:
¿Qué les apetece para comer?

Marisco —respondió Goso *la Hiena* siguiendo su costumbre.

—Pues hay macarrones *all'arrabbiata* —añadió la propietaria. El anuncio del menú nos dejó a todos mudos.

El adjetivo italiano *arrabbiato* significa «enfurecido», y aplicado a un guiso indica que lleva una salsa muy picante. Como a mayor cantidad de picante el hambre merma, doña Margarita había ordenado a la señora Pandolfo que su salsa fuera lo más picante posible.

—Los que padezcan gastritis, úlceras, flato y similares, tienen hoy la oportunidad de hacer ayuno

—añadió.

—¿No hay menú alternativo? —preguntó Pepito Revenga.

—Lo toma o lo deja. Esto no es el Palace. Amigo Goso, recuérdale a sus compañeros la cantidad de niños que mueren de hambre en el tercer mundo, mientras en el primer mundo nos enzarzamos en discusiones sobre si hay o no un menú alternativo.

—Al año, 5 256 000 —recitó Goso mecánicamente, siempre presto a echarle un capote a la propietaria.

—¿Y el segundo mundo? ¿Alguien sabe dónde está el segundo mundo? Sabemos que en el primer mundo morimos por exceso de colesterol, y que en el tercer mundo la gente muere de hambre, pero, ¿qué ocurre en el segundo? —planteó Pepito Revenga.

—En el segundo unos mueren de colesterol y otros de hambre, indistintamente —respondió

Goso *la Hiena*.

—La solución al problema del hambre la tenemos que dar los que comemos todos los días —

expuso Pepito Revenga.

—*Allegro ma non troppo!* —gritó la señora Allegro para cortar de raíz la conversación. Una cosa era poner unas cifras sobre la mesa que nos encogieran el estómago, y otra abrir un debate de consecuencias y final incierto.

Uno a uno nos fuimos sirviendo los macarrones, excepto la señora Allegro, que rechazó la fuente diciendo:

—Los macarrones *alla'arrabbiata* me van fatal para la hernia de hiato. Luego, dirigiendo su periscopio hacia mí, añadió:

—Sigue teniendo mala cara.

En realidad, todos estábamos demudados después de probar los macarrones. Del rostro de Hortense brotaron dos lagrimones; Ruxandra optó por mantener la boca abierta, como si le quemara la lengua; el semblante de Pepito Revenga, de natural desvaído, sufrió un súbito enrojecimiento; y hasta Goso *la Hiena* tuvo que echarse al colete un vaso de agua que mitigara el efecto del picante.

—Al menos la conservo —logré balbucir tras tomar una bocanada de aire.

—¿Qué quiere usted decir? —me preguntó la señora Allegro.

—Estaba pensando en el caso —mentí.

—¿Y bien?

—¡Agua! —reclamó Pepito Revenga.

—¿Alguien sabe el número de los bomberos? —intervino Ruxandra.

—Traeré el extintor de la escalera —se ofreció Hortense.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

44

—¡No hay dolor! ¡No hay dolor! —exclamó Goso *la Hiena* parodiando a Sylvester Stallone en el papel de Rocky Balboa, mientras el púgil soviético Iván Drago le está propinando una brutal paliza.

—Basta de bromas. Comamos y escuchemos qué tiene que contarnos Peralta sobre el crimen que está investigando.

—El asesino no era lo que parecía —añadí.

—Sin duda, los macarrones son los culpables —soltó Pepito Revenga.

—¿Ah, no? —preguntó doña Margarita pasando por alto el comentario de Revenga.

—No.

—¿Se me ha puesto cara de ajo? —preguntó Hortense.

—No, pero tus mejillas empiezan a parecer las de una alemana después de exponerse al sol de Mallorca durante veinticuatro horas seguidas— observó Pepito Revenga.

—Si esta tarde mi novio no me quiere besar por mi mal aliento, le pediré responsabilidades civiles, doña Margarita —añadió Hortense.

—¿De dónde es su novio? —preguntó la señora Allegro.

—De aquí, por supuesto.

—Entonces también a él le olerá el aliento a ajo, así que no tiene de qué preocuparse —replicó la propietaria.

—Es usted muy graciosa, señora.

—Todos sabemos que no tengo ni pizca de gracia. De usted, en cambio, desconocíamos que fuera más fresca que una lechuga. ¡Pero si ni siquiera lleva tres meses en Nápoles! ¡Habrás visto la francesita! ¡Si parecía una tortilla de vigilia!

Y tras mantener la mirada fija en Hortense durante 10 interminables segundos, se dirigió de nuevo a mí:

—¿Decía usted, Peralta?

—Habla del asesino. Creo que era un joven fanático que quería evitar que Domiciano atentara contra Tito.

—Si ese Domiciano hubiera creído en Jesucristo y en la Santísima Virgen María, no habría querido asesinar a su hermano.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga. Después de Nerón, Domiciano fue el César más implacable con los cristianos —contemporicé.

—Yo siempre pongo el dedo en la llaga, aunque por lo que cuenta estaba claro que el asesino sólo podía ser el hermano de Caín.

—El hermano de Caín era Abel, la víctima —puntualizó Pepito Revenga.

—Hablo de un hermano en el tiempo. Caín mató a Abel, y desde entonces todos los que matan a un hermano son, a su vez, hermanos de Caín —aclaró la propietaria.

—Dada la cantidad de fratricidios que se han cometido a lo largo de la historia, Caín es el tipo con más familia del mundo, lo que no deja de ser una paradoja, puesto que lo que pretendía con su crimen era precisamente acabar con la institución —añadió Revenga.

—Las herejías se las guarda para su novia —increduló la propietaria al santanderino.

—No gasto, señora.

—No le alcanza para consumir, que es muy distinto. Sólo tiene que mirarse al espejo. Tiene usted cara de acelga y planta de tonel de vino barato —atacó doña Margarita. Goso *la Hiena* se bebió otros dos vasos de agua seguidos.

—Otro vaso más de agua y tu estómago se convertirá en una piscina cubierta —vaticinó

Hortense.

—Pues te aviso de que no sé nadar. Espero no ahogarme si eso ocurre —reconoció Goso.

—Tal vez las rosquillas del desayuno puedan servirte como salvavidas. Las de esta mañana eran insumergibles —intervino Ruxandra.

—Les advierto que tengo una cola de jorobados dispuestos a ocupar sus habitaciones, así que ándense con mucho ojo.

La señora Allegro se dirigió de nuevo a mí:

—Disculpe que sus compañeros no sepan apreciar una conversación interesante. Decía que Caín *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

45

mató a Abel...

—Domiciano ordenó eliminar a su hermano Tito, así es, pero un joven impidió que el emisario del primero llegara a contactar con los asesinos.

—¿Ha dicho usted asesinos?

—El emisario de Domiciano portaba 17 bolsas con 50 monedas en cada una, y 17 fueron los cadáveres que se encontraron en la sala de armas del cuartel de gladiadores. Por una pintada que hay en una de las paredes del cuartel, sé que por lo menos uno de los gladiadores era de origen judío. Y los judíos odiaban a Tito por haber arrasado Jerusalén.

—Caín, Abel, judíos... Sólo falta Hitler... —soltó Pepito Revenga. En ese instante entró la señora Pandolfo para comunicar que el agua había sido cortada. Sujetaba su cuerno contra el mal de ojo en mi honor.

—Macarrones picantes sin agua. Ahora sí que tendremos que echar mano del extintor de la escalera —comentó Hortense.

—Con tanta broma me comen más lentos que las tortugas. Ya les avisé que están acometiendo obras en el subsuelo del edificio.

—Sí, lo sabemos, el ingeniero jefe es el señor Magro Moro.

—¿Y eran necesarios 17 gladiadores para acabar con Tito? —preguntó la señora Allegro, ignorando la rebelión que había provocado el corte del agua.

Ella no era consciente de que su razonamiento estaba lleno de sentido. Si 17 gladiadores iban a tratar de acabar con la vida del César, sólo podían hacerlo en su medio, donde disponían de armas reales, es decir, en el anfiteatro. Entonces recordé que el famoso Coliseo de Roma lo mandó edificar Vespasiano, pero que fue durante el imperio de Tito cuando se inauguró. Durante cien días consecutivos hubo centenares de combates, muchos de los cuales fueron presenciados por el César.

—¿Se le ha comido la lengua el gato? —me preguntó doña Margarita sacándome de mis cavilaciones.

—Ha vuelto a poner el dedo en la llaga, doña Margarita. El dinero estaba destinado a los 17

gladiadores, pero el magnicidio iba a cometerse en Roma, en el Coliseo. Claro que por tratarse de convictos o esclavos, los gladiadores sólo podían recibir el dinero de Domiciano a través del empresario al que pertenecían o del editor encargado de organizar los combates. De modo que lo que tenía que buscar a continuación era la existencia de un empresario o editor de gladiadores en Pompeya, para lo que habría de consultar el censo de la ciudad.

—*Allegro ma non troppo!* —exclamó doña Margarita para recordarme que trataba de mantener una conversación fluida conmigo.

—Discúlpeme, doña Margarita, pero sus palabras me han abierto los ojos. Tengo que marcharme urgentemente... —me excusé.

—¡Jesús! ¿Qué es lo que he dicho?

—Los gladiadores no tenían autonomía jurídica, dependían de terceras personas. Así que el receptor del dinero tenía que ser un empresario, un organizador de combates.

—¡De modo que yo tenía razón! ¡Los asesinos tenían un cómplice!

—En efecto.

—¿A qué espera entonces? Corra, Peralta, corra antes de que desaparezcan las pruebas... que llevan 2 000 años en el mismo lugar. Estaría bien que las autoridades ofrecieran una recompensa a la persona que ayude a capturar al malhechor, ¿no le parece? Yo me conformaría con unas cuantas monedas de ese Tito —dejó caer la señora Allegro.

Estuve a punto de decirle a doña Margarita que, para su desgracia y la mía, las monedas del emisario de Domiciano ya habían sido adjudicadas por nuestro portero, el señor Beppe Sanguinetti.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

46

EL CENSO Y LA ARAÑA PELUDA

Después de beberme en el Luise una botella de agua con gas que mitigara el intenso ardor que emanaba de mis entrañas, puse rumbo al Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, en el que se guardaba una copia del censo de Pompeya que Vespasiano había ordenado elaborar pocos años antes de la erupción del Vesubio. Allí además realizaba sus prácticas Popea, con lo que podría contar con su ayuda. Siempre y cuando no le diera por comportarse como la araña peluda de mis sueños.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendida.

—He venido a consultar el censo de Pompeya —contesté.

—Te advierto que si pretendes camelarme de nuevo, pienso usar mi aerosol contra violadores. Hablo en serio.

—Te prometo que sólo me quedaré sin respiración si doy con un empresario o un editor de gladiadores.

—¿Sigues persiguiendo al fantasma de la villa de Marco Obellio Firmo? —preguntó a continuación, sin ocultar cierta decepción.

—¿Recuerdas que el emisario de Domiciano portaba 17 bolsas con 50 monedas cada una? Pues en la sala de armas del cuartel de gladiadores se encontraron los cuerpos de 17 gladiadores —le hice ver.

—Y crees que tiene que haber un empresario o editor que se hiciera cargo del dinero de los gladiadores —completó mi razonamiento.

—En efecto.

—El censo de Pompeya contiene más de 20 000 nombres —me advirtió.

—¿Incluye la profesión de los censados?

—Incluye el nombre, la edad, la profesión y la dirección en Pompeya. En algunos casos, también aparece la procedencia o la religión del censado.

—¿Por qué sólo en algunos casos?

—Gracias al censo, el Estado conocía las actividades de los extranjeros, de modo que, si se producía una revuelta, la policía sabía adónde acudir y a quién detener.

—Entiendo.

Tardé dos horas y media en encontrar lo que buscaba. El censo incluía un apartado dedicado a los *libertini*, nombre con el que se conocía a la comunidad judía de Pompeya. Los *libertini* se dedicaban al comercio del *garum castum*, una salsa de pescado que exportaban a los cuatro puntos cardinales del imperio, y vivían en las inmediaciones de las termas de Estabias. El jefe de la comunidad era un tal Fabius Eupor, que se dedicaba al préstamo de dinero y a organizar espectáculos. Además, poseía una villa en la vía de Nola y era padre de una muchacha llamada Beth. La satisfacción que me produjo semejante descubrimiento me dejó paralizado. Ahora disponía de los nombres de dos personas que podían estar implicadas en el último crimen de Pompeya: Fabius Eupor y su hija Beth.

Popea regresó media hora más tarde. Había discutido con alguien y rezongaba para sí. Cuando se percató de que yo aún estaba allí, mudó el gesto y me preguntó:

—¿A qué viene esa cara de idiota?

Yo continuaba cegado por el brillo de mi descubrimiento, así que, pasando por alto su malhumor, le dije:

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

47

—La persona que tenía que recibir el dinero se llamaba Fabius Eupor, y la dama del cuartel de gladiadores era su hija, una joven judía llamada Beth.

—Sigues fantaseando.

—Los Eupor vivían en una villa de la vía de Nola, a 200 metros de Marco Obellio Firmo —
añadí.

—¿Y qué?

—Imagina que el emisario de Domiciano entró en la ciudad a eso de las 9 de la mañana. Lo hizo por la puerta de Nola porque su destino era la casa de Fabius Eupor. Desgraciadamente para ellos, la noticia de la conjura que estaba preparando Domiciano ya había llegado a oídos de los jóvenes pompeyanos del club de la lucha, quienes habían establecido un servicio de vigilancia en las 8

puertas de la ciudad. El resultado es la detención del emisario de Domiciano, que es conducido a la villa de Marco Obellio Firmo para ser interrogado. Se trata del lugar idóneo, dado que en la casa no vive nadie por

encontrarse en obras. A las 10 comienza la erupción del Vesubio y se precipitan los acontecimientos. Fabius Eupor carga un caballo con sus pertenencias más valiosas y convence a su hija Beth para que huya en compañía de varios criados. La joven, sin embargo, se dirige primero al cuartel de gladiadores, porque tal vez entre aquellos hombres se encuentra su amado. Así las cosas, los 17 gladiadores se amotinan y se hacen fuertes en la sala de armas, a la espera de que el emisario de Domiciano se reúna con Fabius Eupor. Por último, el joven de la villa de Obellio Firmo asesina al emisario de Domiciano, y el Vesubio hace el resto.

—Debo reconocer que tu historia no está mal.

—Acabo de desentrañar el último crimen de Pompeya. Creo que mi historia está mejor que bien.

—Te falta el nombre del asesino —me retó.

—Me pides demasiado.

—Te pido un poco más de fantasía.

—¿Y tú, qué me darías a cambio?

—Tendrías mi admiración y mi consideración.

—No es suficiente. Quiero un beso.

—Creo que sigues sin entenderme. Para que te dé un beso primero tienes que ganarte mi admiración y mi consideración. De lo contrario, sería lo mismo que besar a una...

—¿Farola? —completé la frase.

—Exactamente.

—Veo que no hemos avanzado mucho desde nuestra primera conversación en el Luise. Siempre hay una farola que se interpone entre tu boca y la mía. Desde luego, eres la impaciente más paciente que conozco.

—No me ha quedado más remedio que serlo. Me robaste un beso y luego intentaste repetir la jugarreta. Aún no me has dado motivos para que me muestre impaciente.

—Está bien, te serviré el nombre del asesino en bandeja de plata. Dame un poco más de tiempo

—acepté el reto.

Mi siguiente paso fue invertir otras 2 horas examinando el censo. Quería saber si aparecía algún nombre que pudiera relacionarse con el apellido Firmo. No encontré ninguno. Marco Obellio Firmo ya había muerto cuando Vespasiano ordenó elaborar el censo de la ciudad, y en caso de tener hijos u otros parientes, no vivían en Pompeya. La cuestión era que

si la villa no pertenecía a ningún miembro de la familia Firmo, en el censo tendría que haber quedado constancia del nombre del nuevo propietario, cosa que no había ocurrido, por lo que llegué a la conclusión de que la propiedad no había cambiado de manos. ¿Pero dónde vivía el miembro de la familia Firmo que había heredado la villa? ¿Acaso en Roma? ¿En una provincia? ¿Se trataba de un personaje público?

Cuando abandoné el museo, me sentía como si acabara de bajarme del coche de Popea. Durante un rato caminé sin rumbo, tratando de poner en orden mis ideas. Llegué a la conclusión de que me había precipitado al asegurar a Popea que descubriría la identidad del asesino de la villa de Obellio Firmo. Me había dejado llevar por la euforia después de encontrar a Fabius Eupor y a su hija Beth, pero el hecho de que el apellido Firmo no apareciera en el censo de Vespasiano frenaba en seco mi investigación. Sólo un golpe de suerte podía sacarme de aquel atolladero. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

48

EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS

Pasé la noche en erupción. Morfeo, dios de los sueños, me llevó de nuevo a Pompeya. En esta ocasión me asignó el papel del joven gladiador que había conquistado el corazón de Beth, la hija de Fabius Eupor.

Acabábamos de finalizar el entrenamiento matutino y aguardábamos la llegada del empresario con los áureos de Domiciano, cuando el Vesubio estalló en mil pedazos. El cielo se tomó primero del color de la sangre y, luego, se tiñó de negro, lo que nos causó un gran regocijo a los 17

gladiadores que componíamos la tropa judía de Pompeya, pues creímos que había llegado la hora de la venganza de Jehová. Sin embargo, cuando los primeros proyectiles cayeron sobre nuestras cabezas, comenzamos a temer por nuestra seguridad. No en vano, permanecíamos encadenados de pies y manos, formando una cuerda de presos, de modo que no teníamos libertad de movimientos. Así las cosas, cuando los soldados que nos custodiaban huyeron despavoridos llevando consigo las llaves de los candados, nos dirigimos en formación a la sala de armas. Allí encontramos herramientas para romper nuestras cadenas y armas para defendernos, pues la muchedumbre parecía haber enloquecido. Un millar de personas cargadas de enseres se agolpaban frente a la Puerta de Estabias, que permanecía obstruida por un enorme carro cuya carga había ido a parar a la calzada. Se oían los gemidos de las mujeres, los bebés berreaban y los hombres

vociferaban y empujaban tratando de abrirse paso. Algunos maldecían su suerte; otros pedían morir cuanto antes. Y quienes reclamaban la intervención de los dioses eran respondidos que ya no había dioses, que ése era el último día del mundo. Al cabo, los edificios comenzaron a agrietarse y a derrumbarse sobre los transeúntes. El que no murió aplastado por las piedras lo hizo por la multitud. Cuando discutíamos qué hacer, si huir juntos o por separado, llegó Beth con un mensaje de su padre. Nos conminaba a abandonar la ciudad cuanto antes, dado que el emisario de Domiciano no había dado señales de vida. Una vez a salvo, debíamos esperar noticias suyas. En caso de que él pereciera, Beth sería la encargada de seguir adelante con nuestro plan. Ella sería la responsable de contactar de nuevo con los agentes de Domiciano. Pero para entonces la noche más oscura se había cernido sobre la ciudad, envuelta en una gigantesca nube de azufre que hacía cada vez más difícil la respiración, y los proyectiles de piedra volcánica arreciaban con inusitada virulencia. Era demasiado tarde para huir. Entonces decidimos refugiarnos en la sala de armas hasta que la furia del volcán disminuyera y las calles de la ciudad se despejaran. Nos aprovisionamos de agua y de alimentos en la cocina, sellamos puertas y ventanas con sacos terreros y nos preparamos para una larga espera. Beth buscó cobijo entre mis brazos. Olía a perfume de rosas y se había vestido con sus mejores ropas. Incluso cubría su rostro con un bello pañuelo bordado con hilo de oro, que no dudó en compartir conmigo conforme el aire se iba enrareciendo. Hacía más de un año que solía visitarme todas las semanas, y nunca se había mostrado tan afectuosa y solícita, ni siquiera cuando lograba sobrevivir a un combate a vida o muerte. Ella sabía que nuestra relación carecía de futuro, y que mi destino estaba unido al de nuestro pueblo, al que tendría que vengar tomando parte en el magnicidio de Tito. Ahora, las cosas eran distintas. Ambos intuíamos que el final estaba cerca y que moriríamos el uno en brazos del otro. Fue así como la parca nos fue hipnotizando, veladamente, hasta robarnos el aliento. No hubo lucha, ni sangre, ni heridos. Simplemente, uno a uno nos fuimos durmiendo para no despertar jamás.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

49

UNA VISITA MUY PARTICULAR

Llevaba 2 meses yendo a Pompeya en el *circumvesuviano*, una especie de tren de cercanías que era utilizado mayoritariamente por los turistas que visitaban las ciudades de la bahía de Nápoles y de la costa amalfitana. Así que todas las mañanas acudía al trabajo rodeado de japoneses, ingleses, alemanes, franceses y demás miembros de la comunidad internacional, ataviados con camisas y pantalones de color caqui, tocados con gorros, gorras y viseras para protegerse del sol, y pertrechados con cámaras digitales, de vídeo y otras virguerías tecnológicas. A una legua de distancia cualquiera podía distinguir quién era un turista y quién no. Quienes íbamos a trabajar todas las mañanas a la misma hora procurábamos sentarnos en un extremo del vagón, dejando libre el resto, de manera que los miembros de las distintas colmenas pudieran reunirse en torno a la abeja reina, casi siempre un guía políglota con vocación de loro. Aquella mañana, en cambio, en cuanto entré en el vagón y tomé asiento, me percaté de la presencia de dos adefesios que, en su afán por hacerse pasar por turistas convencionales, se habían vestido con camisas hawaianas, cubrían sus cabezas con sendas gorrillas de la marca Coca-Cola, y hacían como que leían una gacetilla deportiva especializada en los resultados de la liga regional de fútbol, cuyo titular más destacado rezaba: «El árbitro masacró a la Salernitana. Tres expulsiones rigurosas y la señalización de cuatro penaltis en contra resumen lo sucedido...». Se trataba de Totó Vespa y de su compinche *Caronte*. A falta de guía u otra clase de instructor que les indicara qué pasos seguir, se situaron de pie justo detrás de mi asiento, tras lo cual Totó Vespa, asumiendo el papel de portavoz, me susurró:

—Somos nosotros.

—No les había reconocido —me mofé.

—Somos profesionales, ¿qué esperaba? —replicó.

Viéndolos actuar supuse que la policía lo tendría fácil a la hora de echarles el guante, antes incluso de que logaran dar el golpe, lo que me produjo cierto alivio.

—No conviene que nos vean juntos en Pompeya, así que procuren seguirme a una distancia prudente —les advertí.

—No se preocupe, no le perderemos de vista.

Me puse a pensar dónde podía haber una sepultura que satisficiera a los secuaces de don Beppe, y se me ocurrió llevarlos hasta la tumba de Marco Obellio Firmo. Después de todo, en su casa era donde se había encontrado el tesoro de la discordia.

Entré en Pompeya por la Puerta Marina, atravesé un trecho de la vía de la Abundancia, giré hacia la izquierda por la vía de Estabias, torcí a continuación a la derecha a la altura de la vía de Nola, y puse rumbo a la puerta del mismo nombre, tras la cual se hallaba la necrópolis. Luego me senté a esperar en la *schola* o banco de mármol de la tumba de Marco Obellio Firmo. Totó Vespa y *Caronte* llegaron 3 minutos más tarde. Les faltaba el aire. Al parecer, habían discutido por la incontinencia de *Caronte*, empeñado en desplumar a cuantos turistas se cruzaban en su camino.

—¿Y si te hubiera pillado la policía? Se habría fastidiado el plan —le reprochó Totó Vespa.

—Bonito lugar para cometer un crimen —se limitó a decir *Caronte* tras realizar un somero reconocimiento de la necrópolis.

El hecho de que fuera capaz de relacionar la belleza de un lugar con el crimen me puso los pelos de punta.

—Lo importante es que está apartado —intervino Totó Vespa, dando por zanjada la discusión—. No perdamos tiempo. ¿Dónde está la sepultura?

—Dentro de esa construcción —les indiqué. Los dos hombres echaron un vistazo al edificio que *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

50

guardaba la tumba de Marco Obellio Firmo.

—La lápida debe de pesar unos 300 kilos, así que si logramos moverla primero, y luego la volvemos a colocar en su sitio, será un lugar seguro —observó *Caronte*.

—Con unas palanquetas de hierro será pan comido —aseguró Totó Vespa.

—También harán falta unas cuantas cuñas de madera —completó el análisis *Caronte*.

—Buen trabajo, *ragazzo* —me dijo Totó Vespa.

Me sentí como un delincuente acosado por su conciencia, más aun cuando vi a *Caronte* vaciar las carteras de dos turistas a los que había desvalijado en el recorrido que iba de Puerta Marina a Puerta de Nola.

—¿Alguno necesita una bonita cartera de piel? —preguntó.

Como ni Totó Vespa ni yo respondimos al ofrecimiento, se deshizo de ellas arrojándolas al camino.

Una vez los delincuentes hubieron terminado de peritar el lugar, me quedé solo sentado en el banco, tratando de poner en orden mi cabeza. Si algo estaba claro era que aquella pareja de descerebrados iba en serio, lo que podía comprometerme. Me trataban como a uno más de la banda, con el riesgo que eso suponía. Tenía que encontrar la forma de avisar a la policía sin que don Beppe sospechara de mí.

En esas andaba cuando descubrí que mi vista se había detenido en la esquila mortuoria de Marco Obellio Firmo. La inscripción latina mencionaba la importancia del personaje, sus años como administrador de Pompeya y su fidelidad incondicional al César. En el vértice inferior derecho, grabado en letra pequeña, se decía que la esquila había sido encargada por un hijo de Marco Obellio Firmo, cuyo nombre comenzaba por la inicial S. El corazón me dio un vuelco. ¡Acababa de encontrar el nombre que tanto buscaba! ¡Marco Obellio Firmo tenía un hijo, y si su nombre no aparecía en el censo de Vespasiano era porque no residía en aquella época en Pompeya! Teniendo en cuenta que entre la fecha del censo y la erupción del Vesubio habían transcurrido 7 años, no podía descartarse que el asesino fuera el vástago de Marco Obellio Firmo, que para entonces ya habría regresado a Pompeya. El hecho de que vistiera como un atleta y portara una daga curva, de claro estilo oriental, me llevó a pensar que tal vez estuviéramos ante un miembro de la milicia destinado en alguna provincia de Oriente. Pero aún fui más lejos en mis elucubraciones. Tito había necesitado la ayuda de las legiones destinadas en Egipto y Siria para someter a los judíos. ¿Por qué

no pensar entonces que S. Obellio Firmo había podido tomar parte en la campaña de Judea, al lado de Tito? Atendiendo a la prosapia del apellido Firmo, cabía imaginar que sería un oficial de alto rango, con lo que era posible que su nombre o incluso sus hazañas aparecieran en los textos que hablaban de la toma de Jerusalén.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

51

BUSCANDO A S. OBELLIO FIRMO DESESPERADAMENTE

La superficie de Nápoles está dominada por el caos, el estrato más profundo está regido por la superstición, y entre ambos existe una zona en

la que se desarrolla una vida cultural pródiga en acontecimientos. Nápoles no sólo cuenta con un bellissimo teatro de la ópera, o con un gran número de compositores de renombre universal, también es una de las ciudades de Italia donde más se lee y con un mayor número de librerías. Gracias a la universidad abundan las librerías de viejo, en las que uno puede encontrar libros de segunda mano sobre cualquier materia. Como yo no conocía a fondo el mundo de las librerías de segunda mano, recurrí de nuevo a Popea para que me ayudara a encontrar una especializada en el mundo romano.

—¿Qué andas buscando exactamente? —se interesó.

—Libros que hablen de las campañas de Tito en Judea. Creo saber el nombre del asesino de la villa de Obellio Firmo.

—Y yo soy la reencarnación de la reina de Saba.

—No quiero que vuelvas a acusarme de tener demasiada imaginación, de modo que antes de pronunciarme quiero comprobar si estoy buscando a un personaje histórico o voy detrás de un fantasma.

—Me pone muy nerviosa la gente que se monta películas —me dijo.

—No me estoy montando ninguna película. Ni siquiera quiero llegar hasta el final de esta historia para ganarme tu admiración o respeto, sino por una cuestión personal. Así que si no quieres ayudarme, encontraré yo solo el libro que ando buscando.

—La mejor surtida es la librería del viejo Pompeo Correale —acabó por ceder.

—¿Quieres acompañarme? —le propuse.

—De acuerdo.

Sita en la piazza Miraglia, junto al policlínico, la librería del viejo Pompeo Correale era un estrecho y oscuro cubículo envuelto en una perenne nebulosa de humo, fruto de los puros que el propietario fumaba sin descanso. Don Pompeo era un anciano de aire ausente y torpes andares, cuya mayor habilidad era la de mantener viva el ascua del puro Macanudo que siempre llevaba pegado a la boca. Pese a que su cabeza estaba permanentemente envuelta en una orla de humo, conservaba intacta la memoria y los rasgos distintivos de su carácter, una mezcla de bondad y de erudición a partes iguales. Como la mayoría de sus clientes eran estudiantes 50 años más jóvenes que él, se había acostumbrado a llamarlos «hijitos», coetilla que con el paso del tiempo había hecho extensiva al resto de la clientela.

—¿Puedo ayudaros, hijitos? —nos preguntó don Pompeo con un hilo de voz que parecía su propio eco.

—Buscamos libros sobre las campañas de Tito en Judea —intervino Popea.

—Todo lo que tengo sobre el imperio de Tito está en la sexta estantería de la derecha. Si la memoria no me falla, me queda un ejemplar de *Judea cautiva*, la mejor obra que se ha escrito sobre la toma de Jerusalén del año 70 —señaló el librero.

Acabábamos de iniciar la búsqueda, cuando vi a Totó Vespa hojeando unos libros en la estantería de enfrente. Me giré y fingí no haberlo visto. Transcurridos unos instantes, oí al *guappo* haciendo una consulta a don Pompeo.

—¿De qué va este libro, abuelo? —le preguntó.

—Déjame verlo, hijito. Se titula: *Monedas, monedas o monedas*. El libro habla de monedas. *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

52

Totó se rascó la frente antes de formular una nueva pregunta:

—¿De la época romana?

—En efecto.

—¿Viene alguna fotografía de una moneda de la época de Tito?

—¡Vaya, hoy le ha dado a todo el mundo por Tito! Aquel joven también está interesado en la figura de Tito —dijo don Pompeo.

Totó Vespa me atravesó con la mirada, pero también evitó saludarme.

—Veamos... Sí, aquí hay una moneda de la época de Tito... —añadió don Pompeo.

—¿Un áureo de oro?

—Un áureo de oro, en efecto.

—Me llevo el libro, abuelo. ¿Cuánto es?

—Veinte euros.

—¿No le parece un poco caro para tratarse de un libro de segunda mano? —se quejó Totó

Vespa.

—De cuarta. Si algún día te cansas de leerlo, me lo traes y te lo compro, hijito.

—¿Qué tal si se lo compro, le hago una fotocopia al áureo de Tito y se lo revendo por el mismo precio?

—¿Y cuál es entonces mi negocio? —preguntó para sí don Pompeo.

—A veces hacer un favor es el negocio más rentable de todos. «Hoy por ti; mañana por mí», dice la Biblia —observó Totó Vespa.

—Eso no lo dice la Biblia —replicó el librero.

—¿Y qué más da quién lo diga? Lo importante es el mensaje, abuelo.

—¿Eres estudiante de Filosofía? Hablas como un demagogo, hijito —se desmarcó don Pompeo.

—Ni siquiera he ido a la escuela, por eso sé lo que vale un favor.

—Veinte euros y no hay posibilidad de recompra hasta dentro de 6 meses —se enrocó el librero.

—Está bien, no se hable más —aceptó Totó Vespa, al tiempo que depositaba sobre el mostrador la pistola Walter PPK que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta y fingía estar buscando la cartera.

—Si lo único que quiere es hacer una fotocopia... —se retractó don Pompeo con la vista puesta en el arma.

—¿Ve lo fácil que resulta entenderse? Hago la fotocopia y dentro de 10 minutos tiene el libro de vuelta. Vaya preparando los 20 euros.

—¿Cómo que vaya preparando los 20 euros? —preguntó el librero.

—Le compro el libro por 20 euros y usted me lo re-compra por el mismo precio, ese es el trato.

—Pero usted no me ha dado 20 euros —le hizo ver don Pompeo.

—Francamente, su avaricia me impide darle el dinero. En cambio, su generosidad le permitirá

reintegrarme el importe del libro. Veinte euros me parece un precio justo —se desmarcó el *guappo*, tras lo cual introdujo uno de sus dedos índice en el gatillo de la pistola y la hizo girar cual *cowboy*.

—Está bien —acabó aceptando don Pompeo.

—No olvide que si llama a la policía, entonces le haré el favor de mandarlo a la tumba, abuelo

—le advirtió Totó Vespa.

Cuando el camorrista salió de la librería, don Pompeo se derrumbó sobre el mostrador. Popea y yo corrimos en su auxilio.

—¿Habéis visto, hijitos? ¡Extorsionarme a mí, que fui uno de los *scugnizzi*²³ que expulsó a los nazis de Nápoles! Si tuviera 40 años menos iba a enterarse ese camorrista de *espagueti western* —

se quejó el librero.

—¿Quiere que llamemos a la policía? —se ofreció Popea.

—¿Y arriesgarme a que ese miserable incendie mi librería? No creo que pudiera vivir sin mis libros, así que prefiero dejar correr el asunto.

OceanofPDF.com

23 Los niños de la calle, los golfillos de la ciudad, fueron decisivos en la lucha contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

53

—Mi amigo le parará los pies, ¿verdad, Chema? —soltó Popea.

—¿Y quién parará las balas? —dije con el propósito de que recapacitara.

—Tu amigo tiene razón. Ese hombre iba armado. No quiero que nadie salga herido por un asunto tan nimio —contemporizó don Pompeo.

—La fuerza de ese hombre se basa en la debilidad ajena, así que si admite la extorsión tendrá en su librería a ese malhechor la semana que viene —expuso Popea.

La posibilidad de que algo así pudiera ocurrir me impulsó a intervenir. Después de todo, yo tenía cierto ascendiente sobre Totó Vespa. Por no mencionar que mi reputación podía salir reforzada a ojos de Popea.

En cuanto vi llegar al camorrista, me precipité a la calle.

—¿A qué diablos está jugando? —le reproché.

—¡Tranquilo, *ragazzo*., sólo quería meterle el miedo en el cuerpo al viejo! —se justificó Totó

Vespa.

—¿Tiene ya lo que buscaba? —le pregunté.

—En color.

—Pues, entonces, entrégueme el libro y desaparezca de mi vista —le espeté.

—¿Y si no quiero? El viejo está dispuesto a darme 20 euros —me retó metiendo la mano en el bolsillo en que guardaba la pistola.

—Le contaré a don Beppe cómo ha puesto en peligro el plan —solté.

—¡Está bien, tú ganas! Pero tal vez vuelva otro día para comprar un libro. El viejo es un cagao.

—Y usted un cobarde —le espeté.

—Lláname otra vez cobarde y te descerrajo un tiro —me amenazó.

Sus palabras escondían una impostura, así que ni siquiera sentí miedo.

—Hágalo. Le aseguro que antes de morir voy a imaginarlo hecho picadillo dentro de la marmita de don Beppe. Porque así es como acabará si

sigue con sus bravuconadas —le hice ver. La entrega del volumen titulado: *Monedas, monedas o monedas*, puso punto final a nuestra conversación.

Luego, aguardé a que Totó Vespa torciera en la esquina antes de entrar en la librería.

—¿Qué ha pasado? —me interrogó Popea. —Nada. El *guappo* ha devuelto el libro y le pide disculpas, don Pompeo.

—Gracias, hijito —intervino el librero que, poco a poco, se iba reponiendo del susto.

—¿Cómo lo has hecho? —se interesó Popea.

—Parlamentando.

—¿Pero qué le has dicho? —insistió.

—Algo así: «Señor delincuente, le conmino a devolver ese libro inmediatamente y a dejar tranquilo a don Pompeo Correale. De lo contrario, me veré en la obligación de llamar a Superman, a Spiderman y a Batman». A lo que el delincuente me ha respondido: «Antes que enfrentarme a Superman, Spiderman y Batman, prefiero cambiar de vida. ¡Estudiaré Filosofía, ya que el bueno de don Pompeo me tomó por un estudiante de esa materia! ¡Tome el libro y pídales disculpas a la señorita y al anciano en mi nombre! ¡Y por supuesto, también le pido disculpas a usted!».

—Muy gracioso —dijo Popea recelosa.

—Muy gracioso —repitió don Pompeo, cuyo tono de voz evidenciaba que estaba conforme con mi representación.

—Y ahora, don Pompeo, vayamos a lo nuestro. ¿Cuánto quiere por el *Judea cautiva*?

—Querer, querer... Lo que quiero es que os lo llevéis de regalo. Eso sí, si algún día queréis deshaceros de él, entonces me lo traéis y hablamos.

Popea no lo reconoció, o quizá ni siquiera era perceptible para ella, pero después de mi mediación en el caso Correale-Vespa empezó a mirarme con otros ojos. Sus pupilas comenzaron a brillar como iluminadas por una luz interior, y el vuelo de sus párpados se volvió más pausado.

—¿Me acompañas al Luise? —le propuse una vez estuvimos en la calle.

—¿Sin *babás* borrachos ni ataques de asma? —me respondió con otra pregunta.

—Sólo para hojear el libro. Aunque leo el italiano, siempre me vendrá bien la ayuda de una *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

nativa.

—¿Qué buscamos? —se interesó.

—Un nombre que te resultará familiar si aparece en el libro.

—¿Y si no aparece?

—Entonces reconoceré tener demasiada imaginación.

El volumen, que narraba el asedio de Jerusalén por parte de Tito, hablaba de un joven patricio pompeyano llamado Séptimo Obellio Firmo, hijo del administrador de Pompeya Marco Obellio Firmo, tribuno de la XII legión, también conocida como Fulminata, que había acudido desde Siria para apoyar a las tropas romanas de Judea. El joven Séptimo, que por aquel entonces contaba 19

años de edad, se había revelado como un valiente soldado, participando en la destrucción de la muralla de Jerusalén primero, y luego en la toma de la famosa Torre Antonia. Tampoco había escatimado esfuerzos a la hora de perseguir a los rebeldes más extremistas hasta la costa de Judea, donde habían buscado refugio con el propósito de rearmarse. Por todos esos méritos había recibido varias condecoraciones, las llamadas «armas de honor» arrebatadas al enemigo²⁴: un brazalete, una cadena y una daga. Además de estos premios, el propio Vespasiano le había otorgado una corona

muralis ²⁵, la corona que se concedía al primero que escalaba los muros de la ciudad enemiga. Cuando cerramos el libro ya no tenía ninguna duda. El joven asesino de la villa de Marco Obellio Firmo era su hijo, Séptimo Obellio Firmo, tribuno de la XII legión y héroe de la campaña de Jerusalén. No se trataba, pues, de un simple joven adscrito a uno de los colegios de jóvenes, sino de un soldado estrechamente relacionado con Tito, quien había sido su jefe militar en la toma de Jerusalén. Con toda probabilidad, Séptimo Obellio Firmo disfrutaba de un gran prestigio entre los jóvenes milicianos de Pompeya, deseosos de convertirse en héroes como él algún día. Cabía incluso pensar que era él quien se encargaba de adiestrarlos en la palestra en tiempos de paz. No tardé en imaginar cómo habían ocurrido los hechos. Séptimo Obellio Finito, advertido de la llegada del conspirador por los correos que tenía a su cargo, se había hecho pasar por Fabius Eupor, de ahí que el emisario de Domiciano accediera a refugiarse en su casa. El hecho de que el Vesubio entrara en erupción sin duda facilitó su trabajo. El emisario de Domiciano debía de sentirse aterrado, por lo que descuidó la misión que le había llevado hasta Pompeya. Se encomendó a Séptimo

Obellio Firmo creyendo que se trataba de Fabius Eupor, porque no podía confiar en nadie más. Una vez en su terreno, Séptimo Obellio Firmo desveló su verdadera identidad, lo que provocó

la pelea mortal entre ambos. El móvil del crimen, por tanto, había sido estrictamente político. Pero aún fui más lejos, después de leer la lista de armas de honor obtenidas a modo de condecoración por Séptimo Obellio Firmo, llegué a la conclusión de que la extraña daga que había empleado para dar muerte al emisario de Domiciano era la misma que había recibido como premio por su valor en la toma de Jerusalén. Mil novecientos veinticuatro años después, el último crimen de Pompeya había sido resuelto.

Miré a Popea. Ella también se hallaba inmersa en una profunda reflexión. Probablemente no daba crédito a lo que acababa de leer.

—¿No tienes nada que decir? —le pregunté. Popea me respondió con un silbido.

—¿Quiere decir eso que necesitas mi ayuda? ¿O simplemente no quieres reconocer que soy un genio? —pregunté a continuación.

Entonces me besó en los labios. Primero me sentí como un calco, atrapado por una rigidez casi mortuoria , pero luego mi cuerpo se fue relajando y distendiendo hasta conducirme al paroxismo. Fue lo mismo que beber un sorbo del elixir del amor. Mi corazón comenzó a galopar dentro de mi

24 La mayoría de las condecoraciones romanas tenían que ver con el botín obtenido en la batalla, e incluía desde el asta de una lanza hasta un medallón o una insignia del enemigo. Los condecorados podían utilizar estos objetos para decorar sus uniformes.

25 Los soldados recibían distintas coronas según sus méritos. La *corona castrensis*, al primero que penetraba en los campamentos enemigos; la *corona navalis*, al primero que asaltaba una nave enemiga; la *corona obsidionalis*, que otorgaban los habitantes de una ciudad sitiada a quienes levantaban el cerco puesto por el enemigo, etc.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

55

pecho y mi cabeza se llenó de valor. Después del primer beso, fui yo quien tomó la iniciativa, quien buscó refugio en sus labios. Luego llegaron las frases entrecortadas, incompletas, pero llenas de sentido porque estaban cargadas de sentimientos.

— *Pop* —dije.

Y el eco de aquel nombre comenzó a resonar dentro de mi cabeza como el estribillo de una canción pegadiza.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

56

EL GOLPE

El día amaneció luminoso a pesar de los negros nubarrones que cubrían el cielo; la lluvia no mojaba el suelo aunque caía con monótona insistencia; las bocinas se habían quedado mudas pese a que no paraban de sonar; todo gracias a los besos de Popea. Mi percepción de las cosas se había transformado por completo, hasta el extremo de que por primera vez en 2 meses había logrado dormir a pierna suelta. Ni siquiera me había enterado de los ronquidos de Goso *la Hiena*, mi vecino de cuarto, o de las expectoraciones del señor Magro Moro.

—Llega tarde —me recriminó una señora Allegro con el rostro demudado por algún acontecimiento que yo desconocía.

—Se me han pegado las sábanas —me excusé.

Y tras comprobar que también mis compañeros tenían el luto pintado en el rostro, pregunté:

—¿Qué ocurre?

—La policía ha detenido al señor Magro Moro. Él, que hace más de 10 años que no pisa la calle. Él, que ha dado los mejores años de su vida en beneficio de esta casa. Él, que...

—¿Qué ha hecho? —interrumpí el panegírico de la señora Allegro.

—Lo acusan de ser cómplice en un intento de robo que ha tenido lugar esta noche en el Museo Arqueológico Nacional. ¿Recuerda que me habló de las monedas de ese tal Tito? Pues yo se lo comenté a don Beppe, que para que el hombre la deje a una en paz hay que darle de vez en cuando una noticia... En fin, que han intentado dar un golpe... —añadió de nuevo la propietaria.

—Don Beppe también ha sido detenido —intervino Goso *la Hiena*.

—Viene todo en el periódico, Peralta, hasta el último detalle —indicó doña Margarita. El titular rezaba:

¿INTENTO DE ROBO U ÓPERA BUFA?

Ayer, a las 22:30 horas, los archiconocidos disparó contra la cerradura, con tan mala delincuentes Totó Vespa, alias *Walter PPK*, fortuna que el proyectil rebotó y se incrustó y Renato Marchesi, alias *Caronte*, se

en el pie del propio *Walter PPK* Con *Caronte*
introdujeron clandestinamente en el Museo
atrapado en el escusado y *Walter PPK*
Arqueológico Nacional de Nápoles con el
herido, los delincuentes llamaron desde un
propósito de robar el tesoro de Obellio
teléfono móvil a don Beppe Sanguinetti,
Firmo, formado por 850 áureos de la época
presidente
de
la
Comissione
per
la
del
emperador
Tito.
Tras
leer
Protezione del Ragù del Guardiapiorta, quien
equivocadamente el plano que llevaban
se personó en el museo para sacar del
para orientarse, los ladrones se dirigieron al
apuro a sus compinches. La llegada de don
cuarto de baño de la primera planta. Una
Beppe al museo coincidió con la presencia
vez allí, Renato Marchesi pidió permiso a su
de
una
docena
de
carabineros
que
jefe para evacuar aguas mayores. La
custodiaban la escultura *Hércules Farnese*,
costumbre hizo que *Caronte* echara el
del escultor griego Glicón, que estaba

**pestillo, tras lo cual no pudo volver a abrir
siendo trasladada tras ser restaurada en
la puerta, que quedó atrancada. Entonces
Roma.**

**Totó Vespa echó mano de su Walter PPK y
Emilio Calderón**

El último crimen de Pompeya

57

**Detenidos los delincuentes, don Beppe
Beppe. Los primeros interrogatorios han
Sanguinetti afirmó haberse personado en el
revelado que el portugués no habla su
museo por una cuestión de «humanidad», y
lengua materna ni tampoco el italiano, por
aseguró que el cerebro del robo era un
lo que los investigadores desconocen el
portugués
llamado**

Magro

Moro,

grado de implicación del sospechoso...

recepcionista del Albergo Margarita, de

cuyo inmueble es portero el propio don

—¿Qué le parece, Peralta? —me preguntó la señora Allegro.

—Que don Beppe utiliza el desconocimiento del señor Magro Moro del italiano para cargarle el muerto —contesté.

—Al final, de nada ha servido que cambiara de oficio. Su investigación ha traído *il malocchio* a mi casa —reflexionó doña Margarita en voz alta.

—Yo no he traído *il malocchio* a su casa. Yo no tengo la culpa de que don Beppe sea un delincuente —me defendí.

—¿Y qué me dice del desprestigio que supone que se mencione en el periódico el nombre de este establecimiento? —dijo a continuación.

—A la gente le encanta dormir en lugares en los que han ocurrido cosas extraordinarias, así que lo más probable es que la pensión se le llene de curiosos. Sin ir más lejos, he oído que en Londres hay excursiones con guías en todos los idiomas por las calles del barrio en el que Jack *el Destripador* cometió sus crímenes —intervino Revenga.

—Estoy de acuerdo. La gente es muy morbosa, así que podrá sacar provecho de esta situación —

corroboré las palabras de mi compañero.

—Desgraciadamente, ni don Beppe ni el señor Magro Moro son Jack *el Destripador*.

—¿Desgraciadamente? —dije.

—Quiero decir que un ladrón de poca monta no da para que el ayuntamiento de Nápoles organice excursiones a mi casa. Por si acaso, tendré que alquilarle una habitación a un jorobado.

—¿Cree que los presentes no estamos suficientemente jorobados? Duchas de agua fría, cortes de luz, escasez de alimentos... Esto se parece bastante a un campo de concentración —añadió Revenga.

—Una cosa es ser jorobado y otra jorobar, Revenga. Tiene 2 días para abandonar la pensión —se descolgó la propietaria, al tiempo que apretaba los labios y enarcaba una ceja.

—Si me echa iré a la policía a contarles que el soplo de las monedas fue cosa suya. Usted misma acaba de reconocerlo —respondió Revenga.

—¡Canalla! ¡Es usted un canalla, Revenga! *Allegro ma non troppo*, Revenga, *allegro ma non troppo*! —exclamó doña Margarita dando rienda suelta a su rabia. En esta ocasión la coletilla de la propietaria sonó como el S.O.S. de un naufrago. Era como si la detención del señor Magro Moro hubiera provocado que el albergo quedara a la deriva en medio de un mar proceloso, donde luchaban por la supervivencia tiburones tan peligrosos como Pepito Revenga. Cuando me levanté de la mesa, la señora Allegro miraba con aire melancólico su reflejo en el mantel de hule de color azul marino.

En el pasillo me encontré con la señora Pandolfo que, con una mano aferrada al cuerno contra el mal de ojo que colgaba de su cuello y la otra blandiendo el cucharón de la sopa, me imprecó:

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡Si te acercas a mí te abro la cabeza! ¡Ya te has salido con la tuya, pero conmigo no podrás!

—¿Que no podré con usted? ¡Procure agarrarse bien fuerte a ese cuerno, porque ya le estoy preparando una sepultura en Pompeya! —le espeté como si yo fuera de verdad un personaje maléfico con poderes sobrenaturales.

—Por san Genaro que es usted peor de lo que me había imaginado.

—No lo sabe usted bien. A partir de ahora, cuando me oiga reír, tiemble, porque le habrá llegado su hora, señora Pandolfo. ja, ja, ja! —

continué con la representación.

—¡Márchese! ¡Quítese de mi vista! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —me espetó con el rostro visiblemente demudado, al borde del pasmo.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

58

La señora Pandolfo no tenía mal estilo esgrimiendo el cucharón de la sopa, así que preferí no seguir tentando a la suerte.

—Me marchó, pero no olvide que la estaré vigilando y que la atraparé cuando menos se lo espere

—concluí.

Un estornudo de la señora Pandolfo me empujó hasta la puerta. Luego entré en el ascensor, que me depositó en el primer piso a trompicones. Fue como viajar en el estómago de una persona con hipo.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

59

UN FINAL COMO OTRO CUALQUIERA

Los últimos acontecimientos me habían llevado a la conclusión de que el coche de Popea era el lugar más seguro de la ciudad de Nápoles, así que después de hablar con ella por teléfono nos citamos en la puerta de la pensión. Al pasar por la garita de don Beppe sentí un escalofrío, no porque no se encontrara a causa de su detención, sino porque su lugar lo ocupaba el sustituto, que siguiendo la tradición de los porteros napolitanos había puesto a hervir una marmita de *ragù*.

—¿Has leído el periódico? —me preguntó Popea en cuanto me acomodé en su coche. Fui a darle un beso, pero retiró el rostro.

—¿Has leído el periódico? —repitió la pregunta.

—Sí —contesté.

—¿Y no tienes nada que contarme? ¡Han detenido al portero de tu casa y al recepcionista de la pensión en la que te hospedas por intentar robar el tesoro de Obellio Firmo! El asunto huele bastante mal. ¿No estarás implicado?

—Digamos que todo empezó cuando un día fingí haberme convertido en investigador para que la dueña de la pensión no me echara de su casa. No tuve reparos a la hora de dar toda clase de detalles sobre el último crimen de Pompeya a ella y al portero de la finca. Cometí un error de cálculo. Creía que el portero era un ex camorrista, pero resultó estar en activo como el Vesubio. Cuando le conté a don Beppe que el móvil del crimen de la villa de Marco Obellio Firmo eran 850 monedas de oro, se le ocurrió dar un golpe. Al principio pensé que se trataba de una broma, pero luego los acontecimientos fueron tomando un cariz ciertamente funesto... Don Beppe mandó registrar mi cuarto y me obligó a proporcionarle una sepultura vacía en la que esconder el botín...

—¿Y qué me dices del *guappo* de la librería de don Pompeo Correale? He visto su fotografía en el periódico —prosiguió el interrogatorio.

—Se trata de uno de los compinches del portero.

—¿Lo conocías? —preguntó sin ocultar su incredulidad.

—Sí.

—Entonces lo de la tarde de ayer...

—Lo convencí para que dejara en paz a don Pompeo. Le dije que si no dejaba tranquilo al viejo iría con el cuento a su jefe, don Beppe —la interrumpí.

—De modo que no me dijiste toda la verdad.

—No toda.

—¿Nunca dices toda la verdad?

—No te mentí. Sólo quería ganarme tu confianza —traté de hacerle ver.

—Querías ganarte mis besos —me rectificó.

—Quería que me vieras como al héroe que no soy, puesto que yo te veo como a la heroína que tampoco eres. Sé que no eres perfecta, pero a mí me gusta creer que lo eres. También sé que yo no soy perfecto, pero buscaba que tú creyeras que lo era. Tenía miedo de perderte —reconocí. Popea se tomó unos segundos antes de añadir:

—¿Te das cuenta de que no sé el tiempo que tardaré en perdonarte?

—Ya sabes que, salvo para besarte, soy una persona bastante paciente. Ahora que todo ha terminado, podemos empezar desde el principio.

Popea me tomó la palabra al pie de la letra. Pisó el acelerador a fondo y comenzó una vertiginosa carrera por las calles de Nápoles. Esta vez no sentí miedo. Por alguna razón, yo también quería huir, sin rumbo, sin destino. Me conformaba con tenerla a mi lado, con sentirla cerca de mí. Incluso *Emilio Calderón*

El último crimen de Pompeya

60

ahora me gustaba su forma de conducir frente a la multitud de transeúntes y conductores sin rostro que escapaban de oficinas y comercios. Todos corrían o, mejor dicho, todos corríamos en la misma dirección, todos albergábamos el mismo anhelo: el sueño de alcanzar la felicidad. Todos esperábamos encontrar nuestro destino a la vuelta de la esquina, de ahí las prisas. Pero mientras eso no ocurriera, mientras que lo que la vida nos ofrecía y lo que nuestros deseos demandaban llegaban a un acuerdo, tendríamos que seguir conformándonos con repetir de vez en cuando el adagio de doña Margarita: *Allegro ma non troppo*.

Emilio Calderón

El último crimen de Pompeya

61

ÍNDICE

[La numeración corresponde a la paginación del libro impreso]

Antes de la erupción

7

La ciudad resucitada

11

Autista

25

Allegro ma non troppo

31

¡Ave César, los que van a morir te saludan! 41

La cena de los idiotas

47

Nada engorda más que un beso

55

El informante

65

El club de la lucha

71

Tras la pista de Domiciano

75

Bajo el volcán

79

El camorrista

89

Sueño de una noche de verano

95

Al César lo que es del César

99

Desayuno sin diamantes

105

Salud, génesis

111

Una terraza con vistas al abismo

115

Nada sabe tan bien como un plato de macarrones 121

El censo y la araña peluda

129

El sueño de la razón produce monstruos
135
Una visita muy particular
139
Buscando a S. Obellio Firmo desesperadamente 145
El golpe
157
Un final como otro cualquiera
163
Mapa de Pompeya
20

OceanofPDF.com